



La familia

Poesías

José Plácido Sansón

A la memoria del ilustre literato
y poeta D. Alberto Lista,
en muestra de eterno agradecimiento,
El Autor.

Advertencia

El autor de estas poesías luchaba en Canarias, su patria, con la incertidumbre de una carrera como la de las letras, que sólo le atraía amargas censuras, cuando llegó a sus manos la siguiente carta:

«Sr. D. José Plácido Sansón. -Cádiz 23 de Mayo de 1843. -Muy señor mío y de todo mi aprecio: Al fin concluí la lectura de los Ensayos poéticos que V. ha tenido la bondad de remitirme con su apreciable del 2 de Febrero próximo pasado; y no es fácil expresar el efecto que me han causado.

»Dios, la virtud y el amor, que son los únicos tesoros del hombre, están cantados en sus composiciones de V. con la poesía del corazón, mil veces preferible a la de la imaginación, aunque también la posee V. riquísima y variada. Con ella ha dado V. colorido a varios fenómenos literarios y naturales, pero mezclando con tintas brillantes el claro-oscuro de la incertidumbre de Hamlet; esa incertidumbre que es tan propia de un poeta; porque un poeta no debe creer sino en el amor, en la virtud y en Dios.

»Estos versos me han electrizado; y a pesar de mis 68 años han renovado en mí, si no el genio, porque los muertos no resucitan, el placer de sentir y admirar. V. será un gran poeta, amigo mío. Ese pronóstico le dejo en herencia, ya próximo al sepulcro. No imite V. a Byron ni a Victor Hugo, poetas de cabeza, corazones prosaicos. Escriba V. por sí mismo; imite el lenguaje de Rioja, de Calderón: V. tendrá un lugar distinguido y merecido en nuestro Parnaso.

«Así se lo anuncia a V. (si valen algo los oráculos de los ex-poetas) su afectísimo y agradecido servidor y capellán Q. S. M. B. -Alberto Lista.»

La dedicatoria está explicada. El autor ha cumplido con un deber en que su corazón y su entendimiento marchan de acuerdo; lo único que siente es la pequeñez de la ofrenda tratándose de personaje tan insigne.

Varias de las composiciones comprendidas en este volumen formaban parte de los Ensayos poéticos a que el inmortal crítico alude en su carta. Publícalas el autor, así como las demás, lleno de desconfianza, tanto por su natural timidez, cuanto por el grado de delicadeza con que se juzga hoy en materia de poesía.

Madrid 20 de Setiembre de 1853.

Cuatro palabras

Cuando queráis formar acerca de un libro un juicio exacto, podéis someterlo a la prueba más fácil y quizá más segura, si es que el libro no está de antemano condenado por la Iglesia, que es la encargada de conservar entre los hombres la pureza de la moral y de las costumbres.

La prueba es sumamente sencilla.

Será muy difícil que entre vuestros amigos no tengáis uno que sea padre. Pues bien: hacedle leer a este hombre el libro que queráis juzgar, y después que lo haya leído preguntadle si lo pondría en manos de su hija.

Si el libro es malo, os dirá que no; pero si ese hombre fuera tan corrompido que os dijera que sí, sería porque en vez de haber buscado a un padre, habríais buscado a un monstruo.

La libertad de leer se estrella frecuentemente en esa barrera.

Se cuenta que uno de esos novelistas franceses que han llenado la literatura de su patria de todos los extravíos de la razón y de las pasiones, al conceder la mano de su única hija al que se la había pedido por esposa le dijo estas palabras:

«Os lleváis una alhaja; y es joven, es bella, es rica, y no ha leído ninguna de mis novelas.»

Este libre pensador había establecido dentro de su casa la previa censura contra sus mismas obras, en obsequio de la pureza y de la virtud de su hija.

¡Libertad de escribir! ¡Libertad de leer! ¡Libertad de pensar! ¿Por qué hemos de ser hipócritas? ¿Por qué no hemos de valerlos de las palabras que más propiamente expresan la idea? ¿Por qué no hemos de decir, libertad de corromperse?

Un libro se parece a una planta en que tiene hojas; pues bien, hay plantas cuyo jugo es un veneno mortal. Hojas por hojas, son preferibles las que envenenan el cuerpo a las que envenenan el alma.

Si corromper el corazón y pervertir la inteligencia es un acto de la libertad, digamos sin titubear que la libertad es el más terrible y el más vergonzoso de los castigos que han podido imponerse a la soberbia humana.

Un libro es muchas veces una serpiente que nos muerde en el corazón, más todavía, que nos muerde en el alma.

Yo escribo estos renglones en las primeras páginas de un libro, porque es un libro en cuyas primeras páginas puedo escribirlas.

Este libro es un amigo honrado y sencillo a quien yo abro francamente las puertas de mi casa.

No tengo inconveniente en que la dulce niña que en estos momentos juega alrededor de mi mesa, aprenda a deletrear las primeras sílabas en los renglones de estas páginas. No

tengo inconveniente en que su madre ojee estos versos tristes y afables que han nacido tranquilamente al calor de dulces y castos afectos.

LA FAMILIA, este es el título: las alegrías y las tristezas, los temores y las esperanzas que pasan misteriosamente por ese mundo apartado, por ese mundo íntimo de la casa, ese es el asunto. Versos sencillos, conceptos delicados, tiernos afectos; he ahí el libro.

Un corazón recto y una inteligencia modesta y honrada; ese es el autor.

No busquéis aquí la literatura estrepitosa con que se aturde a la multitud de estos tiempos; no busquéis tampoco los efectos de luz ni la brillantez estudiada de los colores con que se la deslumbra. Aquí todo es sencillo, todo es tranquilo. No hay ninguna revelación extraordinaria, no hay pensamientos atrevidos, no hay rasgos de genio; pero encontraréis reposo, sentimiento y bondad.

El autor no pretende sorprenderos, sino agradaros. No viene a deciros: he aquí mi genio; sólo os quiere decir: esta es mi alma.

Cada uno tiene su historia: unos cuentan sus aventuras; otros sus pasiones; otros, digámoslo así, sus ideas: este viene como a confiaros sus sentimientos.

Después que hayáis leído este libro comprenderéis que la fortuna no ha derramado sus locos beneficios sobre el modesto hogar bajo cuyo techo se han escrito tan fáciles, tan tiernas poesías; pero no encontraréis en ellas ni una queja contra la suerte.

Se ve padecer, pero no se oyen los quejidos.

Muchas veces he leído las poesías que llenan este tomo y que más inmediatamente se relacionan con el título del libro, y siempre me han dejado la misma impresión: me han entristecido y me han consolado.

No quiero entresacar y poner aquí como muestra las modestas bellezas que a menudo se encuentran en las páginas de este libro, porque el que lo lea las encontrará; y si tiene la desgracia de no encontrarlas, será inútil que yo se las busque.

Se dice que el mejor amigo es un libro: pues yo os presento este amigo que es un buen libro.

Madrid 1.º de Julio de 1864.

José Selgas

Religión

Astro de la mañana,

perla del firmamento,

¡oh religión cristiana!

acoge el sentimiento

que de mi pecho mana.

Eres miel que a raudales

de la divina fuente

se desliza riente;

bálsamo de los males,

amparo del doliente.

Eres mirra o incienso

que en vaporosa nube

de Dios al trono sube;

foco de amor intenso,

suspiro de un querube.

Sublime melodía

de tus labios exhalas

cuando amanece el día,

que de un ángel en alas

baja a la tierra impía.

Es tu aliento un aroma,

flor hermosa tu faz;

por Nazaret asoma

tu luz que baña a Roma

como una luz de paz.

Y Roma la refleja

en el extenso mundo,

y cuanto más se aleja

mayores huellas deja

resplandor tan fecundo!

Del Jordán la corriente

con el rayo primero

rieló de tu oriente:

¡sonda del marinero,

madre del indigente!

La caridad, tu hechura,

a tu voz descendió

desde la azul altura,

y un río de dulzura

sobre el mortal vertió.

¡Tú la sed al sediento,

divina lluvia, apagas!

¡Tú, maná del hambriento,

hasta el último aliento

curas sus hondas llagas!

Si el huérfano a ti eleva

su frente de dolor

en la terrible prueba,

tu labio al triste lleva

el ósculo de amor.

Todos a ti levantan

en este valle oscuro

sus preces, y te cantan

como puerto seguro

sobre el mar, do adelantan.

El reo, ya esperando

su postrimera hora,

¡oh religión! te implora;

y tu destello blando

sus oraciones dora.

Te implora el que perdiera

las prendas del cariño;

te implora el tierno niño;

el que galas vistiera,

y el que modesto aliño.

Acoge el sentimiento

que de mi pecho mana,

¡oh religión cristiana!

¡Perla del firmamento,

astro de la mañana!

La flor del Teide

A mi madre

Entre los dones inefables, santos,

que aureola son a vuestra casta frente,

sólo puedo ofreceros reverente

la humilde flor de mis sencillos cantos.

Flor que regara la virtud con llantos

junto al cristal de la dormida fuente;

emblema de un amor puro y ardiente,

símbolo de deberes sacrosantos.

Vos, desde el cielo, a mi cruel fortuna

luz de esperanza que en Oriente asoma,

la flor del Teide acogeréis, ¡oh madre!

Tintas prestole la modesta luna;

perlas el alba, el sentimiento aroma;

jugo mi tierno corazón de padre.

A María

¿Te acuerdas, di, mi dulce compañera,

la de ojos negros, la de airoso talle,

de aquellos breves, deliciosos días,

en que aún el sol nos alumbraba amantes?

¡Mi universo eras tú!... Ni me importaba

de otras mujeres el mirar suave,

la graciosa sonrisa y trenza de oro,

la blanca tez, los labios de corales;

tú así morena, superior mil veces

me pareciste a las demás deidades

que tapizan el suelo de mi patria,

do se alza el Teide, colosal gigante.

Todo el fuego del África en tus venas

el raudal encendía de tu sangre,
y yo aspiraba un abrasado aliento
cuando a tu lado me sentaba a hablarte.

¡Qué languidez en tus rasgados ojos!

¡Qué magia irresistible en tu lenguaje!

Una hechicera a veces te creía,
e intenté huir tu hechizo, pero en balde,
que mis proyectos ¡ay! desbarataba
el inmenso poder de tu semblante.

Y arrepentido ante tus pies volvía,
sumiso, tierno, más que nunca afable,
más que nunca prendido entre tus redes,
y más que nunca ansioso de adorarte.

¿Te acuerdas, vida mía? De un capricho

Víctima triste en lóbregos instantes,
quebrantar quise la prisión de flores

que en derredor del cuello tú me echaste;

y tus favores olvidé, perverso,

y amedrentome el porvenir, ¡cobarde!

Entonces ¡oh! ¡qué multitud de ideas,

bajas, impuras, sin piedad, infames,

sentí en mi corazón buscar abrigo,

rápida viendo a la virtud fugarse!

Temblé, gemí: tus relucientes ojos,

cansados de llorar a un inconstante,

fueron mi antorcha en tenebrosas noches,

fueron mi estrella en tempestuosos mares.

A ti te debo mi virtud, ¡oh perla

que oculta hallé en las playas del Atlante!

Tú, siempre fiel y generosa siempre,

de las garras del crimen me arrancaste.

Sin ti, los labios fétidos del vicio

en mí vertieran su ponzoña, y antes

de florecer, el árbol de mi vida

troncharan los violentos huracanes...

¡Bendita, pues, mi dulce compañera,

fuelle de amor, afortunada madre!

¡La bendición de Dios sobre vosotros,

hijos y esposa, sonriendo baje!

La luna

Imitación del alemán

En occidente lucían

del sol los rayos postreros,

y de las altas montañas

poco a poco descendiendo

iba la apacible noche,

y con ella los misterios.

Levantábase la luna

de su vaporoso lecho,

coronada de brillantes,

seguida por el lucero;

ni una leve nubecilla

turbaba su blando imperio,

ningún planeta importuno

daba sombra a sus reflejos.

Rodeado de sus hijos,

feliz, complaciente y tierno,

estaba un padre gozando

de aquel magnífico cielo.

-¡Qué hermosa, qué hermosa luna!

Dijo en su dulce embeleso

el hijo mayor. -Parece,

le contestó el más pequeño,

¿no ves?... la mitad de un arco...

aquella con que yo juego,

con que tiro tantas flechas,

tantas... -¡Calla!... no seas necio...

Le interrumpió el otro niño,

hasta entonces en silencio;

lo que parece es la gola

que llevan prendida al cuello

los oficiales bizarros

que guarnecen nuestro pueblo.

¡Cuánto diera yo por una!

-¡Vaya!... ¡Sois unos muñecos!

Dijo el mayor; ¡qué niñeces!

¡Comparar a esos objetos

la resplandeciente luna,

toda una luna de Enero!

Volvióse entonces al padre

El irritado mancebo,

Y hablóle así: -Yo comparo

ese astro que estamos viendo,

a los círculos que forma

en el mar de nuestros puertos

el acompasado golpe

del bien dirigido remo.

Línea que crece y se ensancha

hasta redondearse, y luego

mengua y se rompe y se extingue...

-¡Bravo! ¡Bien! gritó contento

el padre... que como padre,

gozábbase en el ingenio

de las prendas de su alma,

flores del hogar doméstico;

falta una cosa tan sólo

a ese símil... -Decid presto,

repuso el alegre joven,

con sus puntas de soberbio.

-Crece y descrece la luna,

como el círculo; esto es cierto.

Pero ¿y las nubes que suelen

empañar su disco bello?

¿Dónde están? -Ya tu castillo

de naipes se vino al suelo!

Así exclamaron en coro

los otros dos, satisfechos.

El uno añadió: -¡Lo aplaudo!

Y dijo el otro: -¡Me alegro!

Mirando a los tres el padre

con un semblante risueño,

les dijo: -Todos mostrado

habéis singular acierto;

mas, a tal astro es preciso

buscarle un símil perfecto.

Es la luna como el hombre...

-¿Como el hombre?... No lo entiendo;

gritó admirado el segundo.

-Ni yo, prosiguió el tercero.

-Pues yo sí: sois unos tontos,

y no lo entendéis por eso;

dijo el mayor. Nace el hombre,

y crece y brilla algún tiempo;

después decae... y le abriga

por último el cementerio:

así la luna... -¡Bien! ¡Bravo!

Exclamó el padre de nuevo.

Mas ¿y las nubes? -¡Las nubes!...

A la verdad... no comprendo...

Y el padre, -son las desgracias,

dijo con solemne acento,

que de la humana existencia

empañan los rayos tersos;

porque todos han tenido

días de dolor acerbos;

porque no hay nadie en el mundo

que no haya dicho ¡padezco!

No os asustéis, hijos míos;

cobrad, al contrario, esfuerzo;

si los trabajos son grandes,

grande también es el premio.

El corazón inocente,

el hombre honrado... ¡creedlo!

no pierde la paz del alma,

aunque se anuble su cielo.

Si al fin se extingue en la tierra

la luz que lleva en su pecho,

otras regiones le aguardan,

a ellas dirige su vuelo.

Allí la dicha es un río

siempre claro, azul, sereno,

y él bebe sus puras aguas,

y son sus bienes eternos.

¡Hijos!... ¡Valor!... La ardua senda

guía a un magnífico templo.

Si los trabajos son grandes,

¡grande también es el premio!

Calló. La luna entretanto

hendía mares inmensos,

coronada de brillantes,

seguida por el lucero.

Ni una leve nubecilla

turbaba su dulce imperio;

ningún planeta importuno

daba sombra a sus reflejos.

La bienaventuranza
A mi madre

El casto aroma que en redor vertías

apenas respiré, ¡madre adorada!

Que por viento fatal arrebatada

fuiste en mal hora a las caricias mías.

En un mundo de engaños y falsías

do el vicio oprime a la virtud sagrada,

quedé, cual tierna planta abandonada,

¡ay! sin tu arrimo en mis primeros días.

Luché, vencí: mi corazón ileso

tras largo batallar, cantó victoria,

cual canta libre el que gimiera preso;

Y en el puro cristal de tu memoria

mirando ¡oh madre! mi deber impreso,

gané las palmas de la eterna Gloria.

Plácido
Mi primer hijo

Era un reflejo del celeste brillo...

Sus ojos grandes, expresivos, negros;

de jazmines y rosas matiz puro

el color de su rostro placentero.

¡Cómo me entretenía suavizando

con mi mano de padre sus cabellos!

¡Cuál me extasiaba, en sus mejillas de ángel!

ósculos mil ternísimo imprimiendo!

Todos al hijo mío celebraban...

«Serás feliz, de ese pimpollo tierno

amantísimo padre», me decían,

y yo vagaba entre ilusiones ciego.

¡Oh qué locura es esperar!... Apenas

diez y ocho lunas en sus ojos tersos

reflejaran la luz, cuando el querube

me dejó solo y remontose al cielo.

Él ligó mi destino al de María;

de nuestro ardiente amor fue el don primero;

y al mirarnos por siempre reunidos,

tornó a cantar las glorias del Eterno.

¡Plácido!... ¡ruega por nosotros, ruega!

Vela de ahí sobre el hogar paterno...

Sobre el hogar que engalanaste un día...

¡De la inocencia acoge Dios los ruegos!

Los esposos

¿Ves aquel campo frondoso

que en la vecina llanura

convida con su frescura,

con tanto laurel pomposo,

con tanta fruta madura?

Allí los dos ¡vida mía!

las manos entrelazadas,

horas pasamos un día,

¡ay! por lo cortas, preciadas,

lejos de esa tierra impía.

Bellos son los arbolados

en sábanas de verdura

como estatuas levantados;

bellos los tendidos prados,

bella el agua que murmura.

Hermoso es un limonero

con su corona amarilla

y con su aroma primero;

dulce el canto lastimero

de enamorada avecilla.

Magníficos los parrales

con sus racimos colgando,

las uvas de oro ostentando,

y a lo lejos los perales

graciosos grupos formando...

¡Ven, llega, esposa del alma!

Y juntos nos sentaremos

al pie de la erguida palma,

y allí en apacible calma

mil cosas nos contaremos.

¿Observas, di, cómo el día

lentamente va muriendo

inundado de armonía?

¿Sientes la melancolía

que la noche va esparciendo?

Música se oye en los mares,

música se oye en los montes

que al cielo sirven de altares;

el aura toda es cantares,

cantares los horizontes!...

¡Ven, llega, esposa del alma,

y juntos nos sentaremos

al pie de la erguida palma,

y allí en apacible calma

a ese mundo olvidaremos!

Melodías hebreas

Traducción de lord Byron

- I -

She walks in beauty, like the night...

Hermosa se pasea, cual la noche

que en ondas tiende su estrellado velo;

cuanto hay mejor en brillantez y en sombras

vese en sus ojos y en su blando aspecto;

luz delicada y tierna

que al ostentoso día niega el cielo.

Desluciría su inefable gracia

otra sombra no más, un rayo menos,

gracia que ríe en su semblante claro,

gracia que posa en sus cabellos negros...

¡Brotan en su frente pura

el raudal de sus puros pensamientos!

Y en su mejilla y en su dulce rostro,

de paz abrigo y de elocuencia espejo,

seductoras sonrisas revelando

al mando van ese placer sereno

de un alma toda amores,

toda inocencia y mansedumbre y sueños!

- II -

Oh, snatched away in beauty's bloom...

Segada en el verdor de la hermosura,

ningún sepulcro ponderoso debe

tus restos oprimir. Cándidas rosas

ornen tan sólo tu esponjado césped;

y el ciprés funerario

y el sauce lloren tu temprana muerte.

Junto al arroyo que estos campos baña

vendrá el Dolor con inclinada frente

continuo a meditar; su pie ligero

la yerba apenas doblará que crece

sobre la humilde tumba,

cual si tu sueño interrumpir temiese.

- III -

My soul is dark -Oh! quickly string...

¡Sombría está mi alma!... El laúd pulse

tu hermosa mano, que aún oírlo puedo;

y a sus sonidos que se lleva el aire

deba mi corazón algún consuelo.

Si en él un rayo de esperanza existe

con tu armonía brillará más terso,

y si lágrimas quedan en mis ojos,

aliviarán tan vivo ardor corriendo.

Mas, que tu canto desgarrante sea,

pues la alegría para mí no quiero.

Necesito llorar, o esta fatiga

que así me abrumba romperá mi pecho.

Ha devorado, de dolor nutrido,

larguísimos pesares en silencio;

y hoy... lo peor conocerá, estallando

al rudo golpe, o cederá a tu acento!

- IV -

If that high world, which lies beyond...

Si traspasa el amor ese alto mundo

que sobre el nuestro brilla,

y nunca el corazón, nunca los ojos

-Menos en el llorar- allí varían...

¡Cuán grato debe ser, por las esferas

dejar ¡ay! esta vida!

Y ver ¡oh Eternidad! que los temores

se desvanecen en tu luz divina!

¡Será!... que por nosotros no temblamos

de helada tumba al borde,

ni al ir a saltar ya la eterna valla

nos asimos a ella tan veloces.

¡Oh! sí... pensemos en la unión futura

de tiernos corazones,

en esa fuente de inmortales aguas

que inmortales hará nuestros amores!

- V -

I saw the weep -the big bright tear...

Te vi llorar... a tus azules ojos

asomaron dos lágrimas brillantes;

y creí ver por tus mejillas tersas

dos gotas de rocío deslizarse.

Te vi reír... a par de ti el zafiro

su lustre pierde, como muerto yace;

que no puede igualar de tu mirada

los vivos rayos, la divina imagen.

Como del alto sol toman las nubes

ese color bellísimo y süave,

que a desterrar del cielo apenas bastan

las sombras, compañeras de la tarde...

Así en el alma triste tus sonrisas

su gozo celestial blandas esparcen,

dejando en pos un resplandor tan puro

cual la aureola que corona a un ángel.

Amor de padre

Cuando tu acento escucho, ¡hija del alma!

se me figura el arpa de los cielos,

la voz de los alados querubines,

del ruiseñor los plácidos gorjeos;

y tu respiración más agradable

es para mí, que el aromado aliento

del heliotropo, más que la ambrosía

que Hebe sirviera a Júpiter excelso.

¡Oh!... cuando por las tardes juguetona

en mis rodillas sonreír te veo,

y tus manitas cojo entre mis manos,

y tus facciones cándidas contemplo;

cuando en tus grandes y rasgados ojos

miro brotar el bullidor deseo,

y tus réplicas oigo tan agudas,
y los latidos de tu pecho siento...
superior a los reyes de la tierra
en mi delirio paternal me creo;
y en medio de aquel júbilo sublime
bendigo a Dios y contra mí te estrecho!

Invocación de una madre

Tú, que sobre las estrellas

encumbrado,

eres de vírgenes bellas

adorado;

A quien mil y mil querubes

a porfía,

tributan de incienso nubes

todo el día;

Tú, de la humana flaqueza

dulce faro,

tú, de la humana tristeza

dulce amparo;

Oye el ruego fervoroso

de una madre;

que eres todo-poderoso,

y eres padre!...

Por los suspiros dolientes

que María

sobre tus llagas ardientes

despedía;

Por tu sepulcro sublime,

venerado,

do el fiel sus labios imprime

desolado...

Vuelve a la virgen que adoro

la salud;

que es, buen Dios, almo tesoro

de virtud!

Sin ella, todo aflicción,

un desierto...

¡Dios mío, por tu oración

en el Huerto!

Concha

Largas son tus pestañas, hija mía!

negros tus ojos, de coral tus labios;

tu sonrisa apacible, encantadora,

más que el suspiro de la brisa en Mayo.

¡Bendita seas!... ¡Oh! cuando me miras,

lo que yo siento no, no sé explicarlo;

es una cosa celestial, un néctar

que se difunde en mí y en que me baño;

un espíritu etéreo que me ocupa,

y que me excita a prorrumpir: ¡te amo!

El moribundo

Eran los dos como querubes lindos...

A un tiempo un vientre los sostuvo, y ambos

juntos de Dios el alma recibieron,

juntos al sacro Teide saludaron.

Su madre que sufriera hondos dolores

en aquel trance doblemente amargo,

de los dos inocentes se aplacía

en contemplar los célicos encantos.

Rubios, muy rubios sus cabellos eran,

más que la espiga que doró el verano,

azules sus pupilas delicadas,

cual los hijos del Norte el color blanco.

¡Qué satisfecha la amorosa madre!

¡Qué dulce risa en sus rosados labios!

Por criatura alguna se cambiara

en ese mar de la ilusión vagando.

Violos crecer en una misma cuna,

Violos juntos jugar en su regazo,

como dos cisnes en un terso estanque,

cual dos pichones en su nido manso.

¡Y se creía tan feliz!... Los meses

Precipitaban su cortante carro

por el seco arenal de la existencia,

y aquel injerto siempre más lozano

viérase florecer... Y tras los meses

a devorar llanzáronse los años,

esos ministros del canoso Tiempo,

que dan y quitan esperanzas, lauros.

Ya en derredor su sombra los arbustos,

como refugio a los solares rayos,

convertidos en árboles prestaban;

eran ya las auroras días claros;

la mancha leve fecundante nube,

obra completa el infantil ensayo.

Uno de los dos jóvenes su mente

allá perdía en los inmensos campos

de la meditación, y en blandas trovas

a sus ensueños conquistaba aplausos.

El Teide, a veces, natural pirámide,

firme sostén de altísimo palacio,

como un espectro en la luciente atmósfera

se dibujaba en sus divinos cantos.

A veces, sus amores, tan suaves

como las brisas de los mares patrios,

su casta lira celebraba, en torno

los quietos lares de dulzor bañando.

El otro allá su espíritu enterraba

en la aridez de los profundos cálculos;

la ciencia de los números su ídolo,

el compás geométrico su encanto.

Uno a Virgilio levantaba altares,

y al padre Romero y al festivo Horacio;

otro su culto a Arquímedes rendía

y a Newton, el mayor de los humanos.

Y abandonaron el suelo

do el Teide los vio crecer,

y el incomparable cielo

de su patria, que el consuelo

derramaba por doquier.

La fría Albión les brindó

su temple septentrional,

y para entrambos fatal,

veneno al poeta dio,

y al filósofo un dogal.

Era una misma la estrella

que el destino presidía

de su juventud sombría;

uno del otro la huella

por todas partes seguía.

La sirena de los mares,

que con doradas facciones

e interesados cantares

logra atraer a millares

los hijos de otras naciones;

Cuba... brillante fanal,

que al navegante deslumbra

cual reluciente metal,

si su esplendor sin igual

en lontananza columbra!

Abrió su seno ardoroso

al que a Newton estudiara

y que de Albión se alejara,

la de cielo nebuloso,

la esfinge de doble cara.

Como la tierra a la luna

por ese espacio sin fin...

-Libro un tiempo de fortuna,

mapa sin linde ninguna,

resplandeciente jardín-

Dentro su órbita arrastrando

va sin cesar, sin cesar....

-Corriente eterna del mar,

que a un navío aprisionando

nunca lo vuelve a soltar,-

Así el gemelo al gemelo

de su órbita lleva en pos;

no pueden estar los dos

pisando distinto suelo,

que así lo dispuso Dios!

Cuba, que al uno dio acogida, al otro

mísero, enfermo, sin color,

buscando vida en la caliente atmósfera

pisar su alfombra contempló.

La vida huyera del canario cisne,

nube ahuyentada por el sol,

nave impelida de enemigo viento

hacia el escollo bramador!

¡Murió!... Las olas único sepulcro...

Su eterno sueño el mar meció;

que a su país bogaba el triste huyendo

del mundo rico de Colón.

El otro devoraba sus dolores

allá sumido en solitaria estancia,

y apenas ya sus pies le conducían

por las ruidosas calles de la Habana.

Solo, encerrado, del gemelo ausente

echando menos la presencia grata,

pasó días y días... Su existencia

ya, perdido el apoyo, se quebraba;

y al recibir la funeral noticia

que de su compañero le privara,

no vio más horizonte que la tumba,

y en él clavó sus lúgubres miradas!

El mismo padecer, los mismos males
a sentir comenzó, que prepararan
del caro hermano la espumante huesa:
do quiera al ángel en las quietas auras
vagar veía, distinguir creyendo
que con la amiga mano le llamaba.

A fuer de tierna yedra sin arrimo,
conoció que sus gajos se tronchaban;
y navecilla sin piloto, pudo
áncora echar en las nativas playas.

Uno exhaló su espíritu en los mares
que al balsámico Teide le llevaban;
otro, por fin en su país, ya espera
el último latido de su alma!

Vedle tendido en solitario lecho,
cóncavas las pupilas azuladas,

cárdeno el labio, descarnado el rostro,

y la mejilla eternamente pálida!

¡Espectáculo triste, que nos muestra

cuán inseguro puerto es la esperanza!...

Madres... contad con vuestros caros hijos,

gozad, gozad de su graciosa infancia,

sus bucles de oro entretrejed con rosas,

nutrid de amor sus mentes delicadas;

prometeos que el báculo querido

sean de vosotras en la edad cansada,

en esa edad que ha menester de apoyo

porque más presto no se rompa y caiga...

Y de repente escucharéis sombrío

lúgubre son de funeral campana,

que os roba ese sostén que os prometíais,

solas quedando en esta tierra ingrata.

¡Madres, temblad!... ¿Esos pimpollos tiernos

que ahora regáis, los regaréis mañana?

¡Joven desventurado!... Escucha cerca,

desde su lecho, suspirar las auras

que perfuman el plácido recinto,

do su niñez tan dulce resbalara.

De allí percibe las alegres voces

de compatricios que incesante pasan

por esas calles, do él corriera un día,

donde ya nunca fijará su planta!

Oye el ruido apacible de los árboles

que el viento mece junto a su morada;

ve el fondo azul del tinerfiano cielo...

Do quiera vida... ¡menos en su alma!

Honda tristeza léese en sus ojos;

la imagen de la muerte está en su cara;

ni por acaso una sonrisa juega

sobre su boca... un tiempo tan rosada!

¡Espectáculo triste, do aparece

cuán inseguro puerto es la esperanza!

¡Madres, temblad!... Esos pimpollos tiernos

que ahora regáis, ¿los regaréis mañana?

¡Oh!... Y entretanto que el enfermo espira

Naturaleza ríe embalsamada;

el sol alumbra los elíseos campos,

el mar retumba en las elíseas playas.

Plegaria

¡Oh Dios! por mí no te imploro,

sino por las caras prendas

que ven resbalar tan tristes

los días de su existencia.

Mi pecho es fuerte ¡Dios mío!

no le abaten las miserias;

es cual roble que resiste

el furor de la tormenta.

Mas... débil caña, que el viento

dobla y arranca y se lleva,

es el pecho de mis hijos

y de mi esposa sincera.

Cese tu rigor ¡Dios santo!

Y en borrasca tan violenta

haz que luzca al fin el iris

de tu divina clemencia!

Siempre el mismo

¿Por qué tus ojos alzas,

bien de mi vida,

y en mi semblante tristes

así los fijas?

¿Por qué arruga tu frente

la pena impía?

¿Por qué el dolor te aqueja?

¿Por qué palpitas?

Casi desde la infancia

preso me miras

en la red que de flores

tú me tejías.

Tuyo fue el primer canto

de esta mi lira;

tuyo mi primer beso,

mis alegrías!

Te halagaron mis trovas,

¡joya divina!

Y extasiaron tu espíritu

con su armonía.

Virgen, que colorabas

la perspectiva

del porvenir dudoso,

do yo corría!

Sonda, que previnieras

de mi barquilla

el azaroso rumbo

que a emprender iba!

Árbol, que regalabas

sombra tranquila

al presuroso anhélito

de mis fatigas!

¡Cuántas veces secabas

con tus caricias

el sudor que en mis sienes

perlas fingía!

¡Cuántas veces tus lágrimas

bebiendo aprisa,

el llorar de tus ojos

yo bendecía!

En la callada noche

¡Mi peregrina!

como ilusión fantástica

yo te veía.

A la luz de la aurora

te aparecías,

dorando mis hogares

tus formas lindas.

Ora te contemplaba

ligera ninfa,

tu pie breve ensayando

danza festiva;

Ora cantando alegre,

con voz distinta,

las trovas que mi musa

te componía.

Tuya mi edad pasada,

¡Dulce María!

tuya mi edad presente,

tuya mi vida!

¿Qué me importan, ¡oh cara!

las falsas dichas,

tras las que un mundo loco

se precipita?

Vale más de tus labios

una sonrisa,

que todos los placeres

de sus orgías.

¿Qué más quieres, amores?

¿Con qué deliras?

El arpa de otros tiempos

siempre es la misma.

Si virgen te cantara

mi musa un día,

hoy también sus canciones

madre te brinda.

¿Por qué arruga tu frente

la pena impía?

¿Por qué el dolor te aqueja?

¿Por qué suspiras?

El hijo pródigo

No lloréis, madre querida,

no lloréis, que vuestro llanto

el corazón me traspasa,

¡el corazón con que os amo!

Si al hijo creéis en medio

del mundo ya descarriado,

sabed que no se extravía

quien nació con pecho hidalgo.

Es infeliz, no culpable,

vuestro hijo idolatrado,

y sus deberes no olvida,

aunque solo y sin amparo.

Vuestra memoria le alienta

a sufrir su adverso hado,

¡que es el amor de una madre

sostén poderoso y santo!

Su deseo más ardiente

es correr a vuestros brazos,

y depositar en ellos

cuanto su pecho ha encerrado.

Y al ver que su cruel destino

le tiene en país extraño,

ni los paseos le alegran,

ni en el lecho halla descanso.

¡No lloréis, madre querida,

no lloréis, que vuestro llanto

el corazón me traspasa,

el corazón con que os amo!

Incertidumbre

Se engalánarán los árboles

con sus vestidos de yerba,

con su alfombra de verdura

se engalánará la tierra;

el soplo dulce del aura

halagando la azucena

embriagadores aromas

derramará en la pradera;

el sol subirá más bello

a repartir la existencia,

a despertar a las aves,

a colorar las florestas,

¡y yo... remando, remando,

veré crecer mi tristeza!

Que es la vida mar inmenso

en donde el hombre navega,

dirigiendo su barquilla

entre asperísimas peñas,

por furiosos huracanes

roto el timón y las velas.

¡Infeliz!... Días y noches

velando sobre cubierta,

miro el volver de las ondas

que en su rumor nunca cesan.

Súbito en el horizonte

aciaga nube campea,

que el azul del cielo entolda

con su sombra cenicienta;

y crece y crece... y los vientos

sacuden sus alas negras

que azotan las turbias aguas

y la barquilla aceleran.

Gracias si en crudo bajío

sus maderos no se estrellan;

gracias si el rayo no cae

surcos formando en la esfera!

¿A dónde voy? ¿Qué senderos

a mi vista se presentan?

¿Me conducen a la dicha?

¿A la desdicha me llevan?

¡Ay!... ¡a la tumba, a la tumba!

Y ya me faltan las fuerzas.

Y es muy difícil el viaje,

y su duración incierta.

La familia

¡Grupo consolador!... He allí mis prendas.

¡Dos querubines y su madre hermosa!

Sonriendo la madre, ellos jugando...

¡Perlas de amor que mi entusiasmo dora!

Sobre los tres de donde estoy contemplo

extenderse purísima aureola,

y al verla siento dilatarse el alma,

siento un placer que al exterior rebosa!

¡Grupo consolador!... El uno apura

albo licor con reducida boca,

y halaga mansamente de su madre

castas mejillas de color de rosa...

Un libro del poeta entre sus manos

ya, ya comienza a balancear la otra,

y a fuer de inteligente sus deditos

en varios signos con viveza apoya...

-Esta es a y esta b,- prorrumpe alegre,

y el libro suelta y a mis brazos torna,

y la barba me coge y me acaricia,

y en ver que saltan mis anteojos goza!

La madre se sonríe satisfecha,

mi cariñoso corazón provoca...

Y en un punto los padres y los hijos

grupo mayor alborozados forman!

El universo olvido y sus miserias,

los pensamientos que do quier me agobian:

y adoro y creo... ¡encanto soberano!

Y en mi horizonte la esperanza asoma.

A Plácido
Mi tercer hijo

Entre los brazos, ¡oh mi arcángel!

aún no he estrechado tus encantos hoy;

aún en mi seno esta mañana

no has abrigado tu infantil calor.

¿Ves mi cabeza cuál se inclina

a impulso de tenaz meditación,

y cómo crecen de mi rostro

las arrugas que el tiempo no formó?

¿Ves cuál se entrega ya mi espíritu

a ese combate, do la duda atroz

así desprende mis cabellos

cual tramontana la rosada flor?

Ven, hijo mío, que tus ojos

puerto seguro en la tormenta son,

fanal en medio la honda noche

que encendió con su aliento el mismo Dios.

Ven, y reposa tus mejillas

do se refleja etéreo resplandor,

sobre mis labios que te llaman,

sobre mi frente que el dolor plegó!

Como un alivio a mis tristezas

yo arrullaré tu celestial candor;

te cantaré tiernas baladas,

y alegres cuentos te dirá mi voz.

Llegará el tiempo en que seas padre...

tal vez entonces ya no exista yo;

tal vez entonces en el cielo

ruegue por ti con paternal fervor.

Que es el vivir sombra ligera,

gozo de un día, súbita ilusión;

es un abismo tan profundo

que... corre, ven, ¿no te lo dije, amor?

Torna el pensar a devorarme,

carcoma de mi triste corazón;

el llanto brota de mis ojos,

siento el aura espesarse en derredor...

¿Y tú la causa no adivinas?

Aún no he estrechado tus encantos hoy;

¡aún en mi seno esta mañana

no has abrigado tu infantil calor!

Cuadro

¡Duermen los tres!... su respirar escucho,

tranquilo, cual aliento de tres ángeles,

que el vil, aterrador remordimiento,

lejos, lejos de aquí sus alas bate...

Ella su brazo maternal coloca,

cual si guardara al pequeñuelo infante,

que ríe con su risa de inocente,

como si en juegos sin cesar soñase,

y la boca entreabierta, linda niña

cerca descansa a su amorosa madre!...

Lejos del mundo, mi único consuelo

es contemplar ese conjunto amable,

¡que es todo en él candor, verdad, pureza,

y aroma de los cielos do extasiarse,

y manantial de vida, y del Eterno

bella, ideal, encantadora imagen!

Pobre huérfano

Solitario acá, en el mundo,

sumergido en el dolor,

busco un arrimo a mis penas,

un grato oído a mi voz...

Desde la cuna el destino

con crueldad me trató;

planta azotada del cierzo,

navecilla sin timón!

Dicha

¡Vesla, surcando los etéreos mares,

melancólica, pura, solitaria?...

¡Qué rastro deja en su apacible curso!

¡Cuál siembra amor y permanece casta!

Numen de los amantes, bella luna,

a quien la antigüedad divinizara;

a quien alzaron las naciones templos

bajo el hermoso nombre de Diana!

Tú, que al través de fúlgidos cristales

viertes piadosa en mi tranquila estancia

una luz misteriosa, indefinible,

mejor que la del sol, pues que no abrasa;

dime, ¿dos seres en tu seno abrigas

que a la tierra enderecen sus plegarias,

que la llamen su luna, y cual nosotros

gocen también, las manos enlazadas?

Dime, ¿la tierra en ese azul inmenso

ves resbalando de esplendor cercada,

y un rayo suyo reflejarse miras

en más graciosa y expresiva cara

que la de mi princesa, que tú alumbras,

y te bendice, medio desmayada?...

¡Huye de mí, relajación maldita,

aborto vil de la mansión tartárea,

diosa de los perversos corazones,

a quien el siglo indigno altar levanta!

¿Qué me importa que un mundo miserable,

do el vicio reina con diadema infanda,

al verme puro, en su delirio horrible

exhale mofadoras carcajadas?

En medio de ese mundo envilecido

alzaré yo la frente inmaculada,

y tranquilo en mi hogar, arbustos tiernos

veré crecer en inocencia y gala,

honor del labrador que los cultive,

consuelo de su vida lastimada,

apoyo de una madre candorosa

que alimentó su delicada infancia

con el rocío de sus dulces ojos,

con el inmenso amor de sus entrañas!

Tal vez cuando en mi frente una corona,
no de laurel, mas sí de nobles canas,
refleje ¡oh luna! tus eternos rayos,
los mismos que ahora en claridad me bañan,
junto a mi compañera, al rudo peso
de la edad inclinando ya su espalda,
bellos, dorados miraré los frutos
de las que un día fueran tiernas plantas;
y volveré a vivir en caros nietos,
y aplaudiré sus infantiles gracias,
y los haré sentar en mis rodillas,
y sus boquitas besaré rosadas...
¡Entonces de la muerte el rudo golpe
aguardaré sin inquietud, con calma,
en medio de mis hijos paseando
mis moribundas, plácidas miradas!

Invocación de un padre

¿En qué pequé, Dios mío?

¿Tu excelsitud no adoro reverente?

En este valle umbrío,

¿Qué otra luz busca que tu luz mi frente?

Si acaso algún instante

olvidé, Señor Dios, tu omnipotencia,

perdona a un delirante

que implora arrepentido tu clemencia.

Alumbran las auroras,

las lentas noches su crespón extienden;

y me traen las horas

tormentos mil que el corazón me hienden.

Duélete, Autor del mundo,

de esta que me devora inmensa pena;

¡es mi dolor profundo

al ver mi estado y la abundancia ajena!

El claro entendimiento

¿de qué le sirve al que nació proscrito?

Ríndese ya mi aliento,

que a todo se alza un valladar maldito.

¡Piedad, Dios justiciero,

de la virtud que abandonada gime!

En ti, Señor, espero...

¡Rompe el dogal que mi garganta oprime!

Consuelo

No dejes caer la frente

sobre el pecho, ¡dulce amiga!

no te abandones al triste

porvenir que te fascina.

¿Crees tal vez que así borras

la dudosa perspectiva?

¿El horizonte nublado,

que aclaras así imaginas?

¡Insensata!... deja, deja

esas futuras desdichas,

que quizá truéquense en goces

las inquietudes que abrigas.

¡Insensata!... deja, deja

correr las horas impías...

¿Qué nos traerán? Yo lo ignoro:

¿Lo sabes tú, vida mía?

Bebe el amor en mis labios,

gusta en mi seno la dicha,

y no pienses en mañana,

que tanto pensar fatiga.

Las ofrendas del cariño

acoge con blanda risa,

y que el llanto en pos no venga

a amargar nuestras delicias.

Los frutos de tus entrañas,

esas prendas tan queridas,

esas flores que perfuman

nuestra existencia tranquila

esas perlas, sí, las solas

que en nuestra morada brillan,

porque se ausentan del pobre

el oro y las pedrerías,

esos tesoros, más ricos

que los que brotan las minas,

¡nuestros hijos!... te sonríen,

cuando con dolor los miras.

Te sonríen... porque ignoran

que tú allá dentro meditas

sobre su suerte, y que piensas

que has de dejarlos un día.

¡Ángeles!... ¡Felices ellos,

que en sus doradas campiñas

disfrutan aura de rosas,

y no sienten las espinas!

¡Insensata!... Deja, deja

correr las horas impías:

¿Qué nos traerán? Yo lo ignoro:

¿Lo sabes tú, vida mía?

A Andrés
Mi recién nacido

¡Oh tú, querida prenda

del amor de mi esposa,

flor, cuyo tierno cáliz

ya comienza a exhalar aura de aromas!

Copo de tersa nieve

que el sol apenas dora,

de seda albo capullo,

rayo de luz, purísima aureola...

¿Por qué la risa juega

en tu inocente boca,

cual leve vientecillo

entre los blandos pliegues de una rosa?

¿Por qué improviso arrugas

tu linda faz, y lloras,

sin que acallarte alcancen

los halagos de madre cariñosa?

¡Imagen de la vida

eres, cándida joya!

Lo sabrás cuando crezcas,

Y surques este valle de congojas.

Como el llanto y la risa

por tus labios asoman,

sucedíéndose rápidos,

a la manera de fugaces sombras;

Así en el mundo ¡oh niño!

suceden presurosas

las penas a las dichas,

los desengaños a ilusiones locas.

¡Duerme, duerme, querube!

Mientras mi mano toca

tu virginal mejilla...

Y allá mi mente en el pensar se engolfa.

Porvenir

¿Dó irá a tocar el malparado esquife

de mi existencia flaca y combatida?

¿Cogerá puerto en medio a la tormenta?

¿Irá a estrellarse en peñascosa orilla?...

¡Viaje azaroso!... Por do quiera rocas

ante mí elevan su contraria cima,

y ya casi me faltan los alientos

para bogar... ¡Cuitada navecilla!

Cinco lustros completos navegando

sin encontrar la costa apetecida;

olas aquí y allá siempre alteradas;

la mar risueña en derredor... ni un día!

¡Oh! ¿qué es vivir? Es arrastrar el peso

de una cadena; es contemplar encima

de nuestras frentes la salud eterna,

la eterna gloria, y no poder asirla!

Es sentirse apretada la garganta

por manopla de hierro guarnecida;

¡es tener sed... e insuperable cumbre

mostrarnos tersa, hermosa fuentecilla!

Ríen los más; su porvenir ahogan

entre los brindis de incesante orgía;

sus carcajadas báquicas resuenan;

cantan en coro una canción lasciva...

Luego se duermen, halagando el seno

de alguna perfumada Mesalina...

¡Oh! ¡nunca yo!... Detesto sus placeres,

que envuelto llevan venenoso acíbar!

¡Antes morir que encenagar mi alma

en ese sucio lodo de la vida!

Remaré, remaré, mientras las fuerzas

no me abandonen en la mar bravía;

pero mi corazón guardaré ileso,

mi corazón do la virtud se abriga.

¡Dadme, Cielos, valor!... que no fluctúe

mi entendimiento en lucha tan activa;

dadme valor para sufrir las pruebas

en que vais a poner a mi barquilla...

¿Quién sabe cuántos vientos encontrados

empujarán sus velas todavía?

Amor de madre
Mutterliebe
Imitación del alemán

Hermosa tierra es la Italia,

su sol cual ninguno brilla;

cual ningunas sus mujeres

son afectuosas y lindas;

jardín de cándidas flores,

de otros países envidia,

con sus leyendas galanas

y sus bellas perspectivas.

En esa tierra de amores,

en una de sus campiñas,

de limoneros pomposos

con primor enriquecida,

su existencia deslizaba

la graciosa Clementina,

ángel de rasgados ojos,

de negros cabellos ninfa.

El dulce esposo y tres hijos

sus cuidados compartían,

y era feliz, aunque pobre,

pues era, aunque pobre, rica.

Porque es la mejor riqueza

tener el alma tranquila,

y aquella inocente esposa

tranquila el alma tenía.

¡Ay de los cielos azules!

¡Ay de las mansas caricias!

La tarde sus tibios rayos
por el campo difundía,
jugaban los querubines
mezclando purpúreas tintas,
y el aroma de las flores
desde lejos se sentía...

¡Hora agradable y solemne!

Entretanto Clementina
al caro esposo aguardaba,
de contento el alma henchida.

Verle venir... y su frente
enjuagar con mano limpia;
de su labor informarse,
hablarle de su Francisca,
y a la cuna conducirle
do el pequeñuelo dormía,
era la diaria costumbre

de aquella esposa sencilla.

A la sombra de un olivo

estaba con su hermanita

el hijo mayor, Antonio,

que doce abriles tendría.

Solazábanse mirando

cómo el espirante día

iba cediendo su trono

de púrpura y pedrerías

a la vaporosa noche

que el rui señor solemniza.

Mirolos la casta madre,

y con gracia peregrina

se sonrió satisfecha...

se sonrió persuadida

de que bajo el puro cielo

otra más feliz no había.

¡Ay de los goces humanos!

¡Ay de las tiernas sonrisas!

Contenta, a su humilde choza

retrocedió Clementina;

la cena frugal dispuso,

sazonola de alegría,

y aproximose a la cuna

do la prenda de su vida

con embalsamado aliento

ángel dormido fingía.

En las pampanosas vides

que la choza entretejían,

trinos lanzaban las aves,

suspiros la blanda brisa;

y fatigada la esposa,

y como madre embebida,

junto a la cuna tendiose

soñolienta y pensativa.

Sus párpados se cerraron...

Iba a quedarse dormida...

Cuando un horroroso grito,

de esos gritos que lastiman,

se le clavó en las entrañas,

y alzose despavorida.

Sin vacilar un instante

dejó la choza pajiza,

y vio que el trémulo Antonio

a la trémula Francisca

hacia la pobre cabaña

de la mano conducía.

Precipitose anhelante...

-¿Qué tienes, qué tienes, hija?

Exclamó: ¡sangre en tu mano!

¡Ah! -La ha picado una víbora...

Dijo el aterrado Antonio.

-¡Una víbora!... ¡Hija mía!

¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Cielos!...

¡Mi Francisca! ¡mi Francisca!-

La noche se iba espesando...

Fuera de sí Clementina

contra su pecho estrechaba

a la infortunada niña...

¡Socorro! ¡Socorro!... y nadie

a socorrerla venía.

Hasta que oyó las pisadas

de alguno, con cuya vista

creyó que el cielo sus puertas

compadecido le abría.

-Buscad un perro que extraiga

el veneno de la herida.

Dijo, y partió el caminante,

porque era mucha su prisa.

-No hay ningún perro en la choza...

No hay quien rescate su vida!

La triste madre gritaba,

y el eco le respondía.

De improviso su semblante

se iluminó: -¡Mi Francisca!

Vivirás... ¡sí!... Lo que un perro

puede hacer, ¿yo no lo haría?

Dijo, y aplicó sus labios

a la emponzoñada herida,

y aspiró una vez... y otra...

y mil... salvando a su hija!

¡Ay de las madres... las madres

que en tal momento vacilan!

Mientras pasaba esta escena

grande, sublime, divina,

hacia el hogar sus pisadas

el esposo dirigía.

Ajeno a tanto infortunio,

dulces sueños le mecían...

Se figuraba a la esposa

con su halagüeña sonrisa,

y a los inocentes hijos

sentados en sus rodillas,

contándoles él historias,

y oyendo ellos con delicia.

En esto, vio que su Antonio

al encuentro le salía,

amorado el semblante,

desencajada la vista.

-¿Qué te asusta? preguntole;

Y lo que su madre hacía

le refirió el tierno niño

con una voz convulsiva.

Bajo sus pies el esposo

sintió girar la campiña;

quiso correr, mas no pudo;

quiso hablar, ¡vana porfía!

Y hubiera dado consigo

en tierra, sin una encina

que le prestó fuerte apoyo,

que le tendió mano amiga.

Acercose el niño, y...-¡Padre!

exclamó... ¡mira la víbora!

-¿Cuál? -La que picó a mi hermana...

-¿Cuál? -La que picó a Francisca...

-¿Dónde está? -Allí... dada vueltas

al bastón. -¡Oh Dios!... Bendita

Tu inmensa bondad!... Corramos...

¡Clementina! ¡Clementina!-

Y llegó donde la madre

a morir se disponía,

del sacrificio orgullosa

que le salvara a su hija.

Abrazola enternecido...

-No morirás, ¡alma mía!

Dijo, y mirele la esposa

con resignación divina.

-Tu sublime amor de madre,

de que has querido ser víctima,

no habrá quien lo olvide, mientras

pechos sensibles existan.

Y te ceñirá guirnaldas,

de mirto y rosa tejidas.

Acariciando tu frente

con esa mano tu hija!

-¿Qué dices?... ¿Y este veneno...?

-No hay veneno... no era víbora...

Una culebra inocente

fue quien mordió a tu Francisca.

Y los felices esposos

volvieron a su alegría,

y el padre a los tiernos hijos

sentó sobre sus rodillas,

refiriéndoles historias

que ellos atentos oían;

y para aumentar del cuadro

la religiosa armonía,

trinos lanzaban las aves,

suspiros la blanda brisa.

A Cádiz

Tras navegación penosa

por una mar alterada

te presentaste a mis ojos,

lucero de las Españas!

Y a la claridad dudosa

que vierte en pos la alborada

me pareciste salida

improviso de las aguas.

¡Salud, plantel de recuerdos,

antemural de la patria,

salud, oh Cádiz famosa

por tu brío y por tus damas!

De Santa Cruz de Tinerfe

al alejarme, vagaban

por mi ardiente fantasía

tus sombras tornasoladas;

esa rica vestidura

con que te ciñó la fama,

y que tiendes en las olas,

cual si fueras su sultana.

Al verte sentí el influjo

que ejerces sobre las almas,

y absorto quedé mirando

mi ilusión ya realizada...

¡Oh, qué bella al navegante

te muestras, Cádiz la clara,

en el perfil del Océano

adormida, recostada!

Quién te cree una Nereida;

quién se figura una maga;

quién la diosa del combate

ve en ti, Cádiz la bizarra;

quién a Venus en la mente

con su séquito de gracias

se forja, cual tú nacida

de las espumas rizadas...

Pero yo que allá dejé

de Santa Cruz en las playas

hijos y esposa... pedazos

del corazón... ¡Oh gitana!

Yo te contemplé a la lumbre

de la aurora nacarada,

no cual la diosa de amores,

no cual deidad de las armas,

mas sí como tierna amiga

que los brazos me alargaba,

para reponer mis fuerzas

por el viaje quebrantadas.

¡Bendita seas!... En breve

de peregrino la marcha

volveré a emprender, dejando,

como dejé las Canarias,

tus paseos concurridos,

tus hermosuras galanas,

tus flores, tu argentería,

tus balcones, tus murallas...

Pero en Sevilla... la perla

de Andalucía nombrada,

en Madrid... donde la corte

esparce todas sus galas,

do quier que el paso dirija,

do quier fije mis miradas,

recordaré tus hechizos,

ciudad, hija de las aguas,

y bendeciré de nuevo

tus brisas hospitalarias!

Cádiz, Junio de 1851.

¡No nos olvides!

Cansado ya de la enemiga suerte

que el árbol marchitó de mi esperanza,

sólo una luz distingo en lontananza

que mis pasos dirige hacia la muerte.

Con mi destino he combatido fuerte,

hasta que en tierra di con mi pujanza:

¡Célica luz de sepulcral bonanza,

haz que en los brazos del no ser despierte!

Así pensaba yo, cuando un gemido

a mi lado sentí: -¿Qué es lo que pides?

Dijo una voz de angelical sonido:

Somos tu escudo en las terrestres lides,

somos las prendas de tu hogar querido,

somos tu salvación... ¡No nos olvides!

Madrid, Abril de 1850.

Soledad de la esposa

¿Por qué lloran esas perlas

tus ojos, dulce María?

-Porque ausente de mi dueño

el llanto sólo me alivia.

-Él volverá. -Y entretanto,

¿quién si suspiro, suspira?

¿Quién si le abrazo, me abraza?

¿Quién si le hechizo, me hechiza?

-Tus hijos. -Ah! sí... -Las flores

que tu desierto matizan,

que tu pobre hogar perfuman,

que sus corolas inclinan

formándote una guirnalda

mejor que de piedras finas.

A él le falta este consuelo;

lejos de todos se mira...

-Pero, en cambio, de la corte

disfruta las mil delicias;

sus paseos le enloquecen,

sus teatros le electrizan,

sus mujeres... -No concluyas,

pues loca estás, ¡por mi vida!

Yo desde aquí le estoy viendo,

que alcanza hasta allá mi vista;

y... -¿Quién eres? -Soy el ángel

de las almas afligidas:

Unas veces la Esperanza,

otras la Melancolía.

-¿Le estás viendo? -Sí. -Pues dime

en qué entretiene sus días.

-Pensando en ti y en sus hijos,

no hay placer que le sonría;

triste le encuentra la aurora,

la noche triste le abriga...

Y mientras perlas tus ojos

derraman, ¡dulce María!

él llora a la esposa ausente

en la coronada villa.

¡Patria! ¡patria!

Salí a espaciarme en el tendido llano

que le sirve a la corte de cintura,

y al ver su casi artificial verdura

llevé la mente a mi país lejano.

Allí de Dios la omnipotente mano

estampada ha dejado su hermosura,

las orlas de su rica vestidura,

los visos de su cielo soberano.

Una Orotava, una Laguna, un Moya,

do palmas, tilos, álamos cimbrean

en medio a un paraíso de mil flores;

Y un Teide al lejos, enclavada joya

en los mares atlánticos, que olean

brisas süaves, manantial de amores!

¡No es mi hija!

¡Qué hechicero es el rostro

de aquella niña!

¿No ves cómo sonrío

cuando nos mira?

-¡Calla, que siento

que el alma se me rompe

con tus acentos!

No entiendo lo que dices:

La niña es bella,

delgada es su cintura,

sus ojos flechas.

-Me estás matando:

¿No ves cómo me ahoga

la voz el llanto?

Es la niña un tesoro;

son de azabache

sus cabellos que ondean;

¡parece un ángel!

-Si así prosigues,

añadirás, te juro,

tristeza al triste!

Tu dolor no concibo:

Aclara, al menos,

por qué esa niña, origen

es de tus duelos.

-Porque una joya

cual ella tengo ausente...

-¿Se llama? -Concha.

Soledad del esposo

Es de noche. Las diez. ¿Qué harán ahora

mis caros, inocentes pequeñuelos?

Tal vez durmiendo aguardarán la aurora,

tal vez la tierna madre sus desvelos

les preste en este instante:

Cariñosa, anhelante,

a nadie ella confía

las blandas flores del vergel fragante,

y con el riego de su amor las cría!

¡Imagen hechicera

de conyugal ventura!

Sin ti, no hay verdadera

felicidad, que lo demás locura

es y oropel en este falso mundo.

Hijos, padres, esposos,

delicias del hogar, frutos hermosos

del árbol terrenal de la existencia,

un destello profundo

veo lucir de la divina Esencia

en vuestros sacros nombres,

que en vano apagar quieren

con su letal respiración los hombres.

¿Qué hay comparable al delicioso cuadro

de un matrimonio do la paz se anida,

en que la esposa cuida

de la inocente prole,

mientras el esposo atesorar procura

algo que el porvenir les asegura,

sin que ninguno el juramento viole...

puro, apacible, cristalino lago,

que los céfiros rizan con su halago?

¡Ay, soledad del corazón herido!

Alejeme del nido

que la torcaz paloma

calienta con sus alas maternas,

y un horizonte a mi existencia asoma

encapotado, engendrador de males!

Ya está distante el día

en que los dulces labios de María,

en que los dulces labios de mis hijos

vertieron en los míos su ambrosía;

en que sus ojos me miraron fijos,

en que leía en su aperlado lloro

ese inefable y tierno ¡yo te adoro!

que grabado en mi alma,

es la corona de mi amor, mi palma!

¿Y esta vida es la vida?...

¡Ay, triste despedida

que me robó mi casta compañera!

¡Ay, desventura fiera

que así me tienes lejos

de la madre y los hijos! ¡Ay, cuitado

corazón mío, de orfandad velado!

La niña y el ángel

Cuando la niña suspira

se oye en el aire un gemido

con que le responde el ángel

en sus amores cautivo.

Llámalala él a las alturas,

y ella le llama a este abismo;

y se cruzan sus deseos,

y se hermanan sus destinos.

O el ángel viene a la tierra,

o va la niña al empíreo,

y al unirse se confunden

dos seres en uno mismo!...

Tal es la imagen perfecta

del amor sincero y fino;

lo demás todo es mentira,

todo engaños y artificios.

Preludio

Aroma blando de amor,

¿por qué en el día no siento

tu perfume embriagador?

-Porque está lejos la flor...

La flor de tu pensamiento.

Encanto de la mujer,

¿por qué en el día resiste

Mi corazón tu poder?

-Porque es veneno el placer...

El placer a un alma triste.

Astro de luz y consuelo,

¿por qué, siendo girasol,

buscan mis ramas el suelo?

-Porque no brilla tu sol...

El puro sol de tu cielo.

Una gota de esperanza

¿A dónde vas? -Voy de viaje,

camino de las Canarias;

que allí me espera la dicha

en el seno de mi amada.

-¿Y tienes hijos? -¡Tres perlas,

tesoro de sus montañas!

-No digas más, porque siento

que va faltándome el alma!

-Pronto mis ojos del Teide

verán la cúspide blanca,

y saludarán mis labios

al rey de la antigua Atlántida.

Pronto las brisas süaves

de las islas Fortunadas

por entre copos de espuma

impelerán mi fragata;

y vendrán a recibirme,

de su cariño en las alas,

mi alondra con sus polluelos,

con sus retoños mi palma,

los estrecharé en mis brazos,

me extasiaré en sus miradas,

dulces, cual lampo de estrella,

puras, cual rayos del alba,

y dormiré por la noche

bajo el techo de mi casa

con sus caricias mecido,

arrobado con sus gracias!

Pero... ¿qué te da?. Tu frente

de frío sudor se baña;

tus facciones se trastornan;

están tus mejillas pálidas...

¿Qué es eso? -Tengo en las islas,

como tú... ¡suerte inhumana!

mi alondra con sus polluelos,

con sus retoños mi palma!...

Y mientras que tú concibes

halagüeñas esperanzas,

para mí lucir no miro

ese anhelado mañana,

y estoy de sus brazos lejos,

y siempre el mar nos separa.

Ve con Dios, dichoso amigo,

favor te brinden las auras,

en pocos días te lleven

A las costas de mi patria;

pero no olvides que en ella

hay corazones que aguardan,

como bálsamo de vida,

el rocío de mis lágrimas...

Y a fuer de nube que vuela

de mis recuerdos cargada,

vierte, al paso, en mis hogares

una gota de esperanza!

Al mar de mi patria

Baña las costas de mi patrio suelo

un mar, rey de los mares de Occidente;

en él, aún niño, sumergí mi frente,

en él, ya grande, divertí mi duelo.

Imagen de la paz que tanto anhelo,

lo he visto manso, halagador, riante,

y luego, imagen de la guerra, hirviente

subir bramando hasta tocar el cielo.

Hoy... dél distante, mi dolor le nombra;

y aparecerse en mis ensueños miro

del Atlántico mar la inmensa sombra!

Y con la mente a sus orillas giro,

y recostado en su cerúlea alfombra,

por mi visión al despertar suspiro.

¡Es ya una flor!

No conocieras a tu dulce hija...

Así me dicen los amigos todos

que vienen de las islas Fortunadas,

y han visto allí a mi Concha, mi tesoro!

-Es ya una flor la que botón dejaste,

flor que derrama su perfume en torno,

flor que al abrigo de una palma crece

y que el céfiro riza con su soplo...-

Al escucharlos... ¡ah! música etérea

en su boca paréceme que oigo;

y me figuro a la adorada hija

con semblante risueño, talle airoso,

frescas mejillas, purpurinos labios,

dientes ebúrneos y rasgados ojos.

Ya me parece verla, mariposa

de blancas alas con matices de oro,

volar rasando el aromado suelo,

sultana del jardín, que busca un trono!

Ya blanda y pura y peregrina, en ella

un ángel miro del celeste coro,

prestando a la afligida y casta madre

de su inocencia el virginal apoyo.

Ya creo oír su voz, que al aire fía

los apacibles y variados tonos,

dulce expresión de su filial cariño,

de mi paterno amor ecos sonoros.

Ya en danza aérea extático la veo,

ninfa del bosque, en torbellino loco

tocando apenas la campestre alfombra,

siempre al compás del tamboril gracioso.

Perlas resbalan por su hermosa frente;

en sus miradas se revela el gozo

que inunda su interior; y baila y ríe

sin descansar: una amapola el rostro!

¡Pero... es todo ilusión! Lejos, muy lejos

de sus encantos, mi pesar devoro...

Y cuando llega del país canario

alguno, y se deshace en sus elogios,

llevo la mente a mi querida patria,

me imagino a la esposa sin su esposo,

los tiernos hijos sin su caro padre...

¡Y en medio de Madrid me encuentro solo!

Ilusión

Melancólicas tintas de la tarde,

suspiros de la brisa,

pájaros bellos que en vistoso alarde

cruzáis el aura aprisa;

Aguas que os deslizáis por la ladera

con un manso rüido;

flores que la apacible primavera

do quier ha repartido;

Vírgenes puras que bordáis un velo

de lentejuelas de oro,

y lo tendéis en el azul del cielo,

y allí cantáis en coro;

Vagos fantasmas de la noche fría,

que os mecéis blandamente

en el perfil de la floresta umbría,

o en el tul de la fuente;

Árboles que gemís en la espesura,

Ecos del bosque alados,

genios que os ocultáis en la verdura

de los tendidos prados;

Dulces declives del silvestre monte,

lágrimas de la aurora,

diáfana claridad del horizonte,

nubes que el sol colora...

Do quiera os mire, de mi patria siento,

la mágica armonía,

que en alas va del vespertino viento,

que nace con el día!

Al sol de mi patria

¡Sol de mi patria, desde aquí te veo!

¡Sol de mi patria, desde aquí te canto!

¡Ese calor de tu encendido manto,

ese calor vital, sentir deseo!

Que no eres tú como los otros creo,
si he de juzgar por tu divino encanto;
tú solo enjugas mi ardoroso llanto,
en ti de Dios la omnipotencia leo.

Bajo tu influjo en las Canarias crecen
y fruto dan los árboles que ostentan
del universo las distintas zonas.

El Sur y el Norte en su jardín florecen,
¡sol de los soles!... y a tus pies presentan
de alma vegetación ricas coronas.

Ella
Es ángel de esperanza
que al mísero sonrío,
y amándola se engrío
mi triste corazón.

Porque en la noche oscura

de mi azarosa estrella,

su clara luz destella

con vívido fulgor.

Soledad

Imitación del inglés

¿Qué estás mirando en el cielo?

-La estrella de mi destino;

que un mundo se me figura,

como este mundo que habito.

-¡Oh!... ¡no! te engañas... ¿No observas

que es muy süave su brillo,

para abrigar de los hombres

los trastornos, los delitos?

¿Fuera otro Edén esa estrella,

por otra Eva perdido?...

No; que a la luz del crepúsculo

sus célicos rayos miro,

y en lo puros me parece

que algo tienen de divinos.

Su resplandor misterioso,

que es, si profundo, benigno,

a lo lejos entrevelan

los vapores vespertinos.

Es la pupila de un ángel

que nos ve desde el empíreo,

y que a veces por nosotros

llora gotas de rocío.

-Pues si es pupila de un ángel

lo que yo mundo imagino,

en su atracción considero

que ha de ser del ángel mío.

-¿Se llama?- Plácido el nombre

fue que en la tierra le dimos:

por Soledad en el cielo

es ahora conocido.

Tristezas

¿Por qué estás tan alegre?

¡Ay! ¡Tu sonrisa

despierta en mí memorias

que me lastiman!

-No así te afanes:

hoy es mi cumpleaños;

me llamo Carmen.

¡Dichosa niña! ¿Acaso

no hay en tu mente

nada que te contriste,

que tu alma aqueje?

-Jugando gozo;

jugando paso el día;

yo nunca lloro.

¡Feliz mil veces, niña!

¡Dios, cuando crezcas,

te dé días mejores

que los que sueñas!

-Por mi fortuna

sin cesar le bendigo;

mi dicha es suma!

¡Quién dijera otro tanto!

¡Pero es mi signo

ser infeliz!... -Prosigue.

-No, no prosigo...

¡Me faltan fuerzas!

-¿Por qué? -Porque estoy lejos

¡ay! de mis prendas.

Porque recuerdo días

en que gozaba

como tú, niña hermosa,

dichas colmadas...

¡junto a los míos,

eran fiestas del cielo

mis regocijos!

Nací do el Teide se alza,

y en mis hogares

tengo una dulce esposa,

tengo tres ángeles.

con mano dura

de ellos me ha separado

suerte iracunda.

Y de mis ojos brotan,

brotan las lágrimas,

al pensar en las leguas

que nos separan...

Porque sus besos

son para mí la vida:

¡Sin ellos muero!...

¡Sonríe, niña, y juega!

Mientras te miro,

me asaltan mil memorias...

Y lloro y vivo.

¡Nunca pesares,

niña de las dulzuras,

tu vida amarguen!

Un episodio
Tinguaro

Allí San Roque está. De heridas lleno,

sube Tinguaro por el risco, y brama.

Lugo venció; se oscureció la fama

del gran Tinerfe, el de la voz de trueno.

Fatiga al héroe el desigual terreno;
siéntese fallecer, y amor le inflama,
y sigue, y sigue: un español le llama;
vuélvese, y este le atraviesa el seno.

Tinguaro pereció: luto, agonía,
arrastra el eco en pos, de peña en peña:
¡Llora su inmensa soledad Nivaria!

Y allá del Teide en la caverna umbría
se oye: ¡Murió la independencia isleña!
¡Murió con él la libertad canaria!

Lucha
¡Qué triste el alma está, Dios poderoso!
Lúgubre, opaca sombra,
se tiende en derredor... Y turbio el río,
y marchitada la campestre alfombra,

ni el cristal de la fuente,

ni de la tarde el perfumado ambiente,

sonríen para mí!... Sólo me agrada

ver cómo muere el día...

¡Verlo al través de lóbrega enramada!

Así mueren las dulces ilusiones,

la cándida alegría,

la esperanza, que es flor... Tienen su aurora,

su sol que el alma dora,

su noche...

-¡Oh Dios! ¿por qué tu excelsa mano

con tal desigualdad ha repartido

el placer soberano

en este suelo, do el mortal perdido,

como un corcel, sin que le enfrenen vaga?

¡Ay! es la vida engañadora maga,

que nos muestra un espejo

cuyo cristal deslumbrador fascina

con límpido reflejo,

y nos lleva tras sí... Mas, de repente

se torna furia la beldad divina,

víboras ciñen su plegada frente,

y el cristal se convierte en una tumba,

do el clamor de los míseros retumba,

de do los escogidos

con presto pie se alejan;

que el dolor es contagio, y nos lo dejan

sólo a nosotros, del edén lanzados

por ellos, los Caines maldecidos

de la agitada humanidad!

-¡Oh vida!

¡Vida que así los males amontonas

en derredor del que inocente lucha,

del que en su pecho la virtud anida,

y abrumas de coronas

al que la voz de la humildad no escucha,

al que en la senda del placer se engríe,

vida!... ¿Qué enigma encierras en tu breve,

fugaz espacio?... El que de ti se ríe

¿será más cuerdo que el que a solas llora,

cuando el acíbar de tu cáliz bebe,

cuando allá hundido en tus miserias mora?

¿Es la felicidad manjarpreciado,

para los más vedado?

¿Flor de un jardín que frecuentar no pueden

sino los favoritos

del potente SEÑOR de los señores,

mientras ¡ay! a nosotros, los precitos,

en su orgullosa caridad, nos ceden

frágiles, secas, deshojadas flores,

cuyo olor aspiramos,

con cuyo olor al ataúd bajamos?...

¡Vida! si no eres para mí tortura,

no te comprendo, no!... Parar la rueda

de tu fatalidad; de tu amargura

detener el raudal precipitoso,

cambiar tu cauce, para mí abismoso,

respirar una vez... ¿no lo he intentado?

Como en la tempestad el marinero

busca una estrella que le salve, ¡oh vida!

Así yo tus venturas he buscado,

tu hermosa paz, tu salvador lucero;

e infortunios he hallado,

y agitación, y un flechador certero!

Hoy... apartado de los míos... triste

y enfermo y soledoso,

un deber sacrosanto me reviste

de fortaleza: el ánimo cansado

quiere cejar un porvenir sombrío

le opone férrea valla...

Mas, aunque contrastado,

siempre el santo deber senderos halla

por do subir entre asperezas rudas...

¡Ay si del arco, al fin, la cuerda estalla!

¡Ay si las crueles dudas

rompen mi pecho y mis entrañas hieren!

¡Ten de mí compasión, Dios poderoso,

si no por mí, por mis amados hijos...

Que con los ojos en su padre fijos,

de él su consuelo aguardan, su reposo!

¡Ten de mí compasión, Dios de los cielos!

Enjuga el llanto que mi rostro baña,

pon fin a mis desvelos;

y endereza tu saña

contra el malvado que tu nombre olvida,

¡tu nombre, que es la vida!

¡Tu sacrosanto nombre,

que así en el débil corazón del niño,

como en el fuerte corazón del hombre,

con majestad resuena...

y que rodando por los orbes truena!

Hija y madre

A ***

El amor de una madre

es flor del cielo

con que el hogar perfuma

blando el Eterno...

¡En esta vida

feliz tú, que su aroma

das y respiras!

Las glorias de la tierra

tan codiciadas,

al lado de tus glorias

son polvo, nada...

¡Ay! hija y madre,

de la vejez apoyo,

puerto de un ángel!

¡Que nunca los dolores

surquen tu frente!

¡Que esa flor nunca falte

de tus vergeles!

¡En esta vida

feliz tú, que su aroma

das y respiras!

Amor-Fénix

A orillas del tranquilo Manzanares

contemplo mudo cómo muere el día,

y hundido en mi habitual melancolía

¡ay! me traslado a mis elíseos lares.

María, Concha, Andrés, Plácido... altares

do culto rinde a Dios el alma mía,

son su ornamento, y el fanal que guía

mi débil barca en tempestuosos mares.

Amor de esposo en mis adentros mora,

amor de padre en mis adentros crece,

y el corazón sus ídolos adora;

Que es Fénix este amor, y no perece:

eterna luz que mi horizonte dora,

árbol que eterno en mi jardín florece.

Recuerdos

Recuerdos de mi patria,

venid a consolarme,

que lejos de ella gimo,

y lejos de mis ángeles.

Bosques de las Mercedes,

¡cuántos dulces instantes

a vuestra sombra amena

y a vuestros mansos aires

debí en dichosos días

con mi dichosa amante!...

Sentados sobre el musgo

que en vuestras grutas nace,

olvidados de todos,

ajenos de pesares,

amor prestó su aliento

a nuestras almas frágiles.

¡Sed benditos, oh bosques

que mi dicha abrigasteis

con vuestra sombra amena

y vuestros mansos aires!

Campos de la Laguna,

¡cuántas veces robasteis

al estudio mis horas,

mi pecho a los afanes!

Os tendéis, figurando

un prendido de chales,

adornos de una ninfa

bordados de azahares,

con centro de amapolas

y franjas de rosales!...

Al brillo de la luna

vi lucir, cual diamantes,

los álamos pomposos

de vuestros lindos cármenes,

y a lo lejos, hendiendo

regiones celestiales,

como imán de los ojos,

el celebrado Atlante.

¡Sed benditos, oh campos

que al estudio robasteis

algunas de mis horas,

y al pecho sus afanes!

¡Sedlo también vosotros,

embalsamados valles,

donde el secreto mora

de suspiros suaves,

de promesas solemnes

y goces inefables!...

Tejen los capirotes,

del ruiseñor rivales,
su nido en vuestros sotos,
al son de sus cantares;
y enriquecen los frutos
de zonas muy distantes,
vuestras verdes colinas
y praderas feraces.

¡Cuándo os veré de nuevo,
testigos inmortales
de mis tiernos amores,
de mis dichas fugaces!...

¡Adiós, hermosos campos,
adiós, dulces lugares
do resbaló mi infancia,
do reposan mis padres!

La esperanza

Por entre sombras infeliz viajero,

perdido el rumbo, sin parar camina:

un precipicio aquí, y allá una espina

marcando van su lóbrego sendero.

«¡Sin fin luchar con mi destino quiero!»

Exclama, y sigue, y la cerviz no inclina;

porque dentro de sí llama divina

siente abrasar su corazón de acero.

Hondos abismos a su espalda deja,

y zarzales y horror; y el blanco alcanza!

Su triunfo al cabo el vencedor festeja.

¿Quién en tan ardua lid la confianza

supo inspirarle y acallar su queja?...

El rayo celestial de la Esperanza.

Melodía

Cuando en la noche fiera

de mi dolor, adormecido estaba,

«Espera, ¡oh padre! espera...»

dijo una voz que angelical sonaba.

Dulce, como el suspiro

que esparce al viento embalsamada brisa,

penetró en mi retiro

la blanda voz de la inocente Luisa(5).

¡Pobre botón de rosa,

que al ir a abrirse el vendaval tronchara!

¡Oveja candorosa,

que degolló el destino al pie del ara!

Cuando sus padres fueron

a recoger el virginal perfume,

sus adioses oyeron...

¡Ay del que un día asegurar presume!

Resguardaban la fuente,

y arrebatola el caudaloso río,

transformado en torrente...

¡Era su amor... como también el mío!

¡Por siempre en mi memoria

quedó su faz, su corazón, su vida!

Virgen, voló a la Gloria;

hombre, suspiro por la flor perdida.

«Espera, ¡oh padre! espera...»

Así su voz angelical sonaba,

cuando en la noche fiera

de mi dolor, adormecido estaba.

«En mis palabras fía:

¡por ti y los tuyos incesante velo!

Pronto a llegar va el día

en que dé oído a mi oración el cielo.

Buen padre y fiel esposo,

Dios tus virtudes premiará con creces,

que hasta él oloroso

sube el incienso que a su gloria ofreces.

De tu hogar los dolores

van ya a alejarse: llegarás al puerto;

y las cándidas flores

en grupos mil alfombrarán tu huerto!»

Reunión

¡Ellos son, ellos son! Del coche saltan

la dulce madre, la inocente hija,

los pequeñuelos... Con la vista fija

los busco: perlas su semblante esmaltan.

¡En tal momento las palabras faltan

al labio paternal! Ni a quien elija

sabe mi corazón, en la prolija

lucha de afectos que en tropel lo asaltan.

Tras larga noche su apacible lumbre

me brinda amiga la risueña aurora,

y evito la enojosa muchedumbre;

Y solo al fin con los que el pecho adora,

al Dios bendigo que del alta cumbre

mi pobre hogar con sus destellos dora.

Madrid, Noviembre de 1851.

A mi hija

Hija, los días de la infancia tierna

huyeron al no ser; a los albores

de la risueña aurora

sustituyó la luz que el orbe dora,

al capullo las flores.

El sentimiento de tus ojos mana,

vivo, pero inocente,

y aunque puro, vehemente.

En tus mejillas vese ya la grana

aparecer, si alguno lisonjero

te dice que tu rostro es hechicero,

o jura (las más veces con mentira)

que te idolatra, que por ti delira.

Has entrado en la edad de las pasiones,

de los peligros... y contarte quiero

una sencilla historia

que grabada tendrás en la memoria,

para que en los bajíos

del tempestuoso mar que llaman vida,

no vayas a estrellarte inadvertida.

En un pueblo de corto vecindario

dos jóvenes moraban

que desde niños con ardor se amaban.

No te diré si el cielo de hermosura

los dotó con usura,

ni atañe a nuestro asunto

esclarecer tan delicado punto.

Eran, sí, de alma cándida, no viendo

en derredor sino un plantel de flores,

y a este mundo creyendo

asilo de la paz y los amores.

Sus padres conocían

el cariño inocente que abrigaban,

y a él no se oponían

porque sus suertes enlazar pensaban.

Un día... el padre de la joven tuvo

que marchar a la corte,

sin que el porqué ni el cómo nos importe;

y persuasión no hubo

capaz de detener en sus hogares

al joven tierno, que lloraba a mares.

Pusiéronse en camino

todos, y acaso una tristeza leve

de tiempo en tiempo vino

a oscurecer el horizonte hermoso

de sus dichas futuras...

¡Como si de almas puras

fuese la previsión dote precioso!

Atrás dejaban la serena fuente

deslizándose suave

por el prado su límpida corriente;

el canto no aprendido con que el ave

al despertar el sol los saludaba;

y en la corte tal vez los aguardaba

con sus tormentas mil el Océano,

la garra del milano!...

En estas reflexiones embebidos,

no es de extrañar que triste

el viaje a los amantes pareciera;

mas luego, introducidos

en la ciudad, do la ilusión primera

seduce con su encanto,

tornó la risa y acabose el llanto.

De diversión en diversión corrían

al impulso cediendo

de raudo torbellino;

y la embriaguez felicidad creían;

y gozando y riendo

¡ay! celebraban su feliz destino.

Mas, a poco, la joven a su lado

tan complaciente no miró al amado;

y al oír sus excusas, en sus ojos

leyó una cosa extraña...

(¡Que en esto nunca la mujer se engaña!)

Y expresó sus enojos

dulce al principio, desdeñosa luego,

y al fin con ira, con pasión, con fuego.

Y de llorar cansada,

advirtió cierto día

en la tierna mirada

de uno que a todas partes la seguía.

Pudorosa, los ojos apartando,

pensó en su amante y continuó llorando.

Pero... la soledad en que vivía...

el femenino despecho...

la aparición constante de aquel hombre...

lograron... (Hija mía, no te asombre
tal proceder, pues te refiero un hecho
que es, por lo natural, inevitable,
sin que tachar se pueda de mudable
a la mujer cuya pasión sincera
un pago tan indigno recibiera)

Lograron que por fin correspondiese
al nuevo amante; y pareció entonces
sin gracia el otro, de modales rudos,
y los dichos agudos
y gentil apostura

admiró del Adonis cortesano
que en estilo galano
sin cesar ponderaba su hermosura.

¡Cuántas víctimas hace

la lisonja en el sexo femenino!

Pues si del corazón no satisface

el impulso divino,

arrastra la voluble fantasía...

¡Jamás su voz escuches, hija mía!

En tanto el joven, cuyo amor tan puro

y acrisolado en el recinto fuera

de los patrios hogares,

vivo, inexperto, presuntuoso, impuro,

el grito ahogó de su pasión primera

en los brindis de infectos lupanares.

Así se destruían

los planes de ventura

que en su inocente edad formado habían;

y una dicha segura

dejaban por correr tras una sombra

que el mundo dicha en su delirio nombra.

La joven, halagada

por las promesas de su nuevo amante,

creyó ¡desventurada!

ante sí ver un porvenir brillante,

diverso del que un día le ofreciera

el aura mansa de gentil pradera.

Los ruidosos placeres de la corte,

las alfombras riquísimas de Oriente,

un mundo maldiciente,

al corazón sin velo,

a la pura alegría,

al florecido suelo

de su nativo hogar anteponía.

Una noche... Magníficos estaban

los salones de baile, do la moda

era la reina; y sin cesar cruzaban

rápidas como el viento,

al compás de una orquesta numerosa,

parejas elegantes

de orgullo, pompa y juventud radiantes.

Nuestra joven seguía

con los ávidos ojos

a su nuevo amador, cuyos antojos

eternamente dominar creía.

Mirole de improviso

fijar la vista en una dama bella,

del lujoso salón brillante estrella;

y leve nubecilla el paraíso

de su ventura oscureció. Sonaron

los acordes de un wals, y en el momento

el joven y la dama se lanzaron

con raudo movimiento.

Miradas elocuentes

entre ellos se cruzaban,

y casi se tocaban

sus encendidas frentes...

Entretanto, allí había

quien de celos moría,

quien su existencia diera

porque el wals infernal se concluyera.

Y el wals se concluyó; mas la infelice

siguió sumida en el dolor más hondo,

y una voz desde el fondo

del corazón, «¡Es un traidor; te vende!»

sin cesar le gritaba;

«Mintió cuando te dijo que te amaba.»

Y la joven celosa,

cuanto celosa ciega,

como ciega perdida

en un mar de encontradas reflexiones,

al huracán que la envolvió se entrega,

y ya desvanecida,

allí mismo le pide explicaciones.

«¡Explicaciones!... ¿y por qué? no estamos

en la aldea, querida;

ni aquí, mi bien, como en el pueblo amamos.

¿Ves? Me has puesto en ridículo con ese

lujo de amor, y todo el mundo ríe.»

Así contesta, y vase, y a la dama,

que su triunfo celebra, y de él se engríe,

refiere el caso; a la infeliz proclama

reina de tontas... Una polka suena,

y con la dama lánzase a la arena.

Ella... roto el encanto

del porvenir dichoso que entrevía,

lloró en su casa hasta aclarar el día;

mas con la luz del sol cesó su llanto.

Cesó, que el alma recobró su imperio,

gozando al fin de los sentidos libre;

y en el supremo instante

de aquella gran victoria,

oyó la joven a su antiguo amante

apellidarla su deidad, su gloria!

Víctimas de una loca fantasía,

ventura ambos creyeron

lo que era sólo vanidad, falsía;

y el pago recibieron

que en el mando reciben

los que de vanas ilusiones viven.

«¡Huyamos! «dijo, en éxtasis divino

la joven sepultada:

«Dejemos esta corte, do el destino

desuniera al amado de su amada!»

«¡Huyamos, sí!» con júbilo el mancebo

repitió, y juntos a la par gritaron:

«¡Serán de hoy más mi norte, mis delicias,

la sencillez, el campo, tus caricias!»

Inútil es decir si se casaron,

y si dichosos fueron...

¡Ovejas que un instante se extraviaron,

y arrepentidas al redil volvieron!

Hija mía, en el mundo,

si se deja arrastrar de los sentidos,

sus días mira para el bien perdidos

la infelice mujer: duelo profundo

la aguarda en pos, y la insultante mofa

de los mismos que viles

marchitaran la flor de sus abriles!

¡Hija! los goces que del alma nacen

a los demás prefiere;

que los sentidos, si un momento acaso

al hombre satisfacen,

percederos son, y ella no muere.

Lágrimas

Las perlas que derraman

tus ojos bellos,

semejan resplandores

¡ay! del lucero...

Llora, ¡mi vida!

que mirarme en tus ojos

es mi delicia.

Si es de amores tu llanto,

siento yo amores;

si te le arrancan penas

triste me pones...

Llorando, ¡oh cara!

presides mis destinos;

no ruegas, mandas!

Cuando descienden tersos

por tus mejillas

los hilos de diamantes

que te hacen rica,

mirar yo creo

las estrellas que cruzan

el firmamento.

¿Qué me importa la risa

de otras mujeres,

si lágrimas tus párpados

para mí tienen?

¡Llora, mi vida!

que mirarme en tus ojos

es mi delicia.

Recuerdos
A mi esposa

De una enfermedad terrible.

apenas salido habías,

y a respirar te llevaron

el aura de las campiñas;

esa atmósfera tan pura,

de ciudades enemiga,

que al semblante del enfermo

torna el color y la vida.

¿Te acuerdas?... Al despedirnos

la palidez te cubría,

y tus ojos, que otras veces

un dulce fuego vertían,

con trabajo los alzabas

y hacia mí los dirigías.

Tus labios, antes la fuente

de do manaba mi dicha,

con acento moribundo

un triste adiós repetían...

¡Y apenas entre tus manos

pudiste estrechar las mías!

Era una tarde apacible...

el aura quieta dormía

en el seno de las flores

que son sus fieles amigas.

Hacia poniente sus rojos

cabellos el sol tendía,

a la enamorada tierra

dando así la despedida.

El mar, ese inmenso espejo

en que el Eterno se mira,

sus matices ostentaba

y su rica pedrería.

Santa Cruz, hermoso pueblo

de las Fortunadas islas,

con sus blancos edificios

y su atmósfera tan limpia,

Divisábase a lo lejos,

como quien busca en la orilla

del Atlántico el aroma

de sus benéficas brisas.

El toque de una campana

melancólico se oía,

que como nos dice Dante

en su epopeya divina

pareciera que lloraba

al ya moribundo día.

¡Todo era solemne! ¡Todo

revelaba la infinita

idea del Ser, que es fuente

de tan altas maravillas!

En esa tarde sublime

volé en alas de mi dicha

al campo donde tus fuerzas

poco a poco reponías.

¡Aquel sitio, aquella tarde

no olvidaré mientras viva!...

Cuando mi alma inundaba

de placer tal perspectiva,

te vi venir... más ligera

al correr por la campiña

que una sílfide, y tendiendo

los brazos, de amor henchida,

hacia mí, que te aguardaba

con la inefable delicia

del náufrago que la tierra

de salvación cerca mira.

Un sombrerillo de paja

en la cabeza traías,

y este adorno tan sencillo

con sus flores y sus cintas

mejor que blondas y encajes

cuadraba a tus formas lindas.

Pero ¡los ojos!... En ellos

la felicidad lucía,

y con ternura indecible

en los míos la infundías!

¡Felicidad del que siente

en sí la llama divina

del amor, y en pecho digno

del suyo la ve prendida!

¡Felicidad del que sabe

que en la tierra noche y día

hay quien su imagen presente

tenga, y el culto le rinda

que el hombre de honor tributa

a la que su honor le fía!

Ya no eras la enferma joven

de faz pálida y marchita;

otra vez brotaban frescas

las rosas en tus mejillas;

esas rosas que los años

respetan, y que armonizan

con la hermosura del alma

que dentro de ti se abriga.

¡Cómo mi mano estrechaste

en tu amor embebecida!

¡Qué música oí en tus labios!

¡Qué magia vi en tu sonrisa!

¡Qué juramentos hicimos

ante la escena magnífica

de la noche que empezaba

y el sol que se despedía!...

Hoy... que los años han ido

destruyendo tan aprisa

las risueñas esperanzas

de mi virgen fantasía,

el recuerdo de esa tarde

mi espíritu reanima.

Hoy... al ver que mis promesas

han sido todas cumplidas,

que el ósculo del esposo

el pacto que nos unía

selló, y eres la corona
de mi hogar, de mi familia,
las tinieblas que oscurecen
mi porvenir se disipan,
y Dios con su santo fuego
mi corazón ilumina.

¡Pobre Narciso!
[](6)

En las elíseas llanuras
modesta fuente brotaba,
y de las flores más puras
las campestres amarguras
con sus linfas endulzaba.

Galán de las rosas bellas
un Narciso allí lucía;
con el alba sonreía,

y a la luz de las estrellas

sus aromas esparcía.

Era abundosa la fuente,

sobraba a la flor donaire;

pero un día, de repente,

tragose a aquella un torrente

y a la flor faltole el aire.

¡Pobre Narciso!... perdiendo

fue sus hermosos colores

y poco a poco muriendo,

desde que no vio corriendo

la fuente de sus amores!

Si un soplo vivificante

su tallo a tiempos mecía,

relámpago era brillante

que deslumbraba un instante

y veloz desaparecía.

¡Cayó por fin marchitado!

Ya no baña en sus olores

las frescas yerbas del prado,

porque le dejó olvidado

la fuente de sus amores.

La verdadera dicha

¿Quieres, niña, que cante

una tonada alegre,

cuando en redor no miro

sino vicios alevés,

y espantosas miserias

que el ánimo entristecen?

¿Dó iré a buscar imágenes

de esas que te divierten,

si el porvenir me asusta

y me agobia el presente?...

-Deja, deja esos vicios,

en miserias no pienses,

que la virtud sonrío

en tus hogares siempre,

fada de hermosos ojos

y de serena frente!

No hay nada comparable

a la dicha de verse

en medio de los suyos,

con el alma inocente.

En ti la atroz sospecha

nunca el puñal aleve

clavó, feliz esposo,

padre feliz mil veces!

Cuando, tras la fatiga

de trabajos perennes,

en los brazos del sueño

buscas reposo breve,

a él te entregas, seguro

de que no habrá quien vele

junto a ti, meditando

faltar a sus deberes.

Mucho, lo sé, te cuesta

luchar con la corriente

de ese mar, cuyas olas

a tantos enaltecen;

sé que contigo cruda

se ha mostrado la suerte,

negándote riquezas

y honores... (que así entiende

el mundo la fortuna,

sin que nunca escarmiente);

pero esas dichas todas
cual humo desaparecen,
porque son, como el humo,
vanas, fugaces, leves,
y la que tú disfrutas
ni aun acaba en la muerte!
Deja, pues, esos vicios,
en miserias no pienses,
que la virtud sonrío
en tus hogares siempre,
de tu hija en los ojos,
de tu esposa en la frente.

Un episodio
Las Canarias

¡Bramó el mar, gimió el viento!
¡Las olas en las nubes se estrellaron,
y al orbe desgarraron

con vórtice violento!

Despedazado el cuerpo del gigante,

hundiose en el abismo el grande Atlante.

Y al cesar la tormenta

viéronse allí sobrenadar galanas

siete rocas hermanas...

De la ruina sangrienta

brotaron lindas, y un jardín de flores

las convirtió en Edén de los amores.

Afortunadas fueron,

y Afortunadas las llamó la tierra;

que no allí de la guerra

los clarines se oyeron,

ni su suelo se vio de sangre tinto.

La Paz moraba en su feliz recinto.

Un cielo azul, brillante,

un blando clima, un encumbrado monte

que en el terso horizonte

brilla, inmenso diamante,

y señala su rumbo al marinero,

y da esperanza al infeliz viajero;

Los valles misteriosos

que a amar convidan con su sombra amena,

donde el arroyo suena,

y en trinos melodiosos

pájaros mil saludan a la aurora,

que allí sus perlas más preciosas llora;

De Elíseos les valieron

el grato nombre en el antiguo mundo,

do en sosiego profundo

a las almas fingieron

de los que justos proclamó la historia.

¡Única cierta y merecida gloria!

El tiempo su carrera

precipitó: la tempestad sombría

volvió a tronar un día,

y estremeció la esfera!

Hombres sin compasión, civilizados,

en sangre hundieron los elíseos prados.

¡Ay de los habitantes

que en paz vivían y en amor soñaban!

¡Del sueño despertaban

para morir gigantes!

Bencomo el Grande, Tanausú, Tinguaro,

Doramas... ¡Ay de su valor preclaro!

¡Héroes del suelo mío!

Lágrimas doy a vuestra acerba suerte,

a vuestra heroica muerte,

a vuestro excelso brío!...

¡Mártires de la patria, una mirada

a ella volved, de la eternal morada!

¿No la veis cómo llora

y os tiende triste sus amantes brazos?

¡Ay, que rota en pedazos

un cáncer la devora!...

Sus hijos son los que su pecho hieren,

sus hijos son los que matarla quieren!

El Bátavo cayendo

sobre el jardín que el Guinguada riega,

creyó en su furia ciega

dominarlo tremendo;

pero se alzó la patria esclarecida,

y puso al invasor en torpe huida.

El adalid britano

que venció en Abukir, al Teide altivo

se figuró cautivo...

Y al alargar la mano

hacia el gigante, la perdió, y con ella

Nelson perdió su venturosa estrella.

¡Magníficos blasones!

¿Y aspiráis a empañar tan noble historia,

legando a la memoria

vuestras ruines pasiones?...

¡Si ansiáis gozar de más dichosos hados,

vuestras fuerzas unid, desventurados!

¡Piedad de nuestro clima,

de nuestro fértil y encantado suelo,

de nuestro hermoso cielo!...

Vais a abrir honda sima

con esas tristes disensiones locas

a las un día afortunadas rocas.

Agosto de 1854.

La huérfana

Imitación del alemán

En medio de un manso río,

que nace allá no sé dónde,

hay una isla cercada

de mil pintorescos bosques.

Entre copudas encinas

un templo antiguo se esconde,

y apenas vense sus puertas,

y están veladas sus torres;

porque las plantas silvestres

penden formando festones,

y ciñen de enredaderas

muros que la edad corroe.

En el atrio de aquel templo

un gremio de pescadores

celebraba los domingos

sus sencillas reuniones.

Allí hablaban de sus redes,

de los mercados mejores,

de las últimas ganancias,

o del vuelco de algún bote.

De tiempo en tiempo se oían

más altas conversaciones;

y eran los recién llegados

de la poderosa corte

que contaban las riquezas

de sus magníficos coches,

de sus soberbios palacios,

de sus estatuas de bronce...

Deslumbrábanse al principio

con tal lujo y tales goces;

pero llevábase el viento

sus doradas ilusiones

cuando el orador hacía

la pintura de los pobres

que los alcázares cercan

con la ropa hecha girones.

Ellos ni harapos vestían,

ni andaban tras los señores,

mugriendo pan aguardando

y sufriendo humillaciones.

Un día... El sol alumbraba,

con más claros resplandores,

más azul que de costumbre

lamía el agua los bordes

del abrigado río,

jardín de silvestres flores.

Un anciano venerable

ante el gremio presentose

con una niña en los brazos,

y así a los demás habloles:

-¡Hermanos! Dios recompensa

con sus celestiales dones

al que es de piedad ejemplo,

al que la orfandad acoge.

En una cuna de mimbres,

hará seis o siete noches,

a esta linda criatura

junto a la margen hallose.

¿La adopta el gremio por hija?

-¡Sí! exclamaron muchas voces.

Y prosiguiendo el anciano,

dijo: -¡El Cielo sus favores

os dispense, camaradas,

pues sois de virtudes norte!

Pero es preciso que alguno

a su cuidado la tome,

y al través de los bajíos

que pavor al alma ponen,

sobre los mares del mundo

guíe sus inclinaciones.

De su educación los gastos

por cuenta del gremio corren:

¿No es así, amigos? -¡En ello

estamos todos acordes!

Gritaron: dará con gusto

cada cual lo que le toque.

-Pues el que quiera encargarse

de la inocente, que apronte

para abrazarla, sus brazos,

para amarla, sus amores!

Calló el anciano, y silencio

todos guardaron entonces.

Nadie sus brazos abría...

Mirábanse aquellos hombres,

esperando unos por otros,

cual si abrigaran temores

de romper el cauce estrecho

a sus caras afecciones.

De repente, un mozo alto,

robusto y de rostro noble,

se adelantó. -¡Viva! ¡Viva

el rey de los pescadores!

Gritó el venerable anciano:

-¡Viva! exclamaron los jóvenes.

El mozo impuso silencio,

y dijo: -Oíd mis razones.

Yo me llevo a esta inocente;

y ofrezco al abuelo Cosme,

para abrazarla, mis brazos,

para amarla, mis amores.

Pero aceptad las que os pongo

necesarias condiciones:

La porción que a cada uno

suministrar corresponde

para el sostén de la huérfana,

la acepto... para su dote!

Deposítese anualmente

En este templo... -¡Conformes!

Gritaron todos: no hay nadie

que a tales proposiciones

se niegue: ¡Pedro, buen Pedro,

Dios de venturas te colme!

Y a la encantadora niña

entre los brazos del joven

puso el generoso viejo,

cual tierna vid junto a un roble.

El sol continuó alumbrando

con más claros resplandores,

y azul, más que de costumbre,

lamía el agua los bordes

del abrigado río,

jardín de silvestres flores.

Melodía

Cuando en el tierno júbilo

de la madre y la esposa

alzabas tu alma a Dios,

sombra terrible y fúnebre

en noche tenebrosa

hundió tu claro sol!

¡Ay de la esposa cándida!

¡Ay de la madre pura

que imaginó un Edén!

Sopló viento fatídico

y abrió una sepultura

en medio del vergel.

Dentro tu seno púdico

formábase el tejido

de una rosa gentil;

mas la violenta ráfaga

dejó desvanecido

su vívido carmín.

Nave del cierzo víctima

que azotó la onda amarga

del tormentoso mar,

y en revuelta vorágine

sepultó con su carga

la ronca tempestad!

¡Carmen! Huiste el lóbrego

abismo de este suelo,

de crímenes mansión;

y la espléndida bóveda

cruzaste de ese cielo,

dosel del Criador.

Una ofrenda de lágrimas

tributa a tu memoria

de tu madre el pesar;

porque el hogar doméstico

en ti perdió su gloria,

¡oh esposa virginal!

¡Niños del alma!

¡Helos ahí! ¡qué hermosos!

Saltan y juegan,

como dos cervatillos

en la pradera...

¡Niños del alma!

De mis días oscuros

sois la alborada.

Ya enlazándose luchan

con tiernos brazos,

ya ruedan por el suelo,

ya están en alto...

El que los mira,

de la niñez los dulces

goces envidia.

¡Cómo de la inocencia

vense las rosas

naciendo en sus mejillas,

¡ay! y en sus bocas!

Si acaso sufren,

dora la edad sus penas,

cual sol las nubes.

Pendientes de mi cuello,

forman conmigo

la imagen de la parra

con sus racimos.

miel grata y pura

en mis labios de padre

sus labios buscan.

Brota en ellos la risa,

como en el campo

las delicadas flores

que engendra Mayo.

Naturaleza

posándose en sus rostros

los hermosea.

Hijos, ¿qué vale el oro

si se compara

con las preciosas perlas

de vuestras almas?

Perlas de amores,

que a las demás prefieren

los corazones.

¡Volad! que en mis rodillas

sentaros quiero;

por vosotros suspiro

cuando no os veo!...

¡Niños del alma!

De mis días oscuros

sois la alborada.

Preludio

¿Qué ves allá en la espesura,

cuando el día va a morir?

-Veo a un ángel sonreír

con tu sonrisa tan pura.

¿Qué miras, di, de esa fuente

en el clarísimo espejo?

-De un astro miro el reflejo,

e imagino que es tu frente.

¿Qué buscas en las auroras,

al verlas, di, despuntar?

-Busco en su blando llorar

las lágrimas que tú lloras.

Porque eres en mis hogares

ángel de paz y consuelo,

aurora en mi triste cielo,

astro en mis inquietos mares!

Una virgen más

A mi hija Concha

¡Murió!... Los querubines

ante el trono de Dios cantan hosanna;

pues llega a los confines

de la celeste bóveda una hermana.

¡CARMEN! ¡Bendito tu dichoso nombre

en los labios del ángel y del hombre!

¡Llora, hija mía, llora,

que consuela el llorar, luz de mi vida!

Y perla de la aurora

era en tu amante corazón prendida:

¿Cómo de allí arrancarla sin herirte,

¡ay! sin el tierno corazón partirte?

En el aire vagando

suspira con la brisa, ángel de amores!

Y nos está mirando

coronada la sien de blancas flores;

porque virgen murió, cándida y pura,

tesoro de inocencia y de dulzura.

Cuando un alma tan bella

como la suya dentro el pecho anida,

¡ay! nos lleva tras ella,

como lleva a su sombra el cuerpo asida,

si desaparece, fáltnos el aura

que las fatigas del vivir restaura.

¡Por eso en triste llanto,

hija, se anegan tus hermosos ojos!

Disipose tu encanto,

y en vez de flores encontraste abrojos.

¡Ay infeliz del que ilusiones sueña,

y luego en un abismo se despeña!

¡Ay de los padres tiernos

que en su preciosa juventud gozaban,

y creían eternos

los dones del amor que atesoraban!

Rujó la tempestad; y desengaños

sólo ya restan a sus viejos años.

¡Llora, hija mía, llora,

que consuela el llorar, luz de mi vida!

Y perla de la aurora

era en tu amante corazón prendida:

¿Cómo de allí arrancarla sin herirte,

¡ay! sin el tierno corazón partirte?

Abel-Caín

Episodio de la historia danesa

A mi querido amigo el Sr. D. Luis Benítez de Lugo, marqués de la Florida

- I -

Rey Erico, rey Erico,

¿dónde vas tan afanoso?

Mira que vas a caer

oveja en boca del lobo.

-El palacio de mi hermano

no abriga fieras ni monstruos;

en abrazos ahogaremos

Abel y yo nuestros odios.

-Rey Erico, no te fíes

de banquetes suntuosos,

de cariñosas palabras,

de amables, melifluos rostros.

Bajo las flores más bellas

¡ay! el áspid ponzoñoso

está en acecho de incautos...

¡Rey Erico, el plazo es corto!

Fiestas solemnes prepara

en su espléndido palacio

de Slesvig el duque Abel

para obsequiar a su hermano.

Risueños están los rostros

en la ciudad y en los campos,

las cabalgatas son muchas...

¡Qué festines! ¡qué saraos!

Pero no hay nada que iguale

por el lujo y el boato

al banquete que en el río

da Abel a su soberano.

Las flores con su perfume

y las aves con su canto

celebran a los dos príncipes

que así olvidan sus agravios.

Dinamarca ver espera

brillar horizontes claros

tras las tormentas civiles

que su seno han destrozado.

El rey Erico sonrío

a sus leales vasallos,

y aplaude el paciente vulgo,

y aplauden los cortesanos.

Sólo en la frente de Abel

se advierte un matiz opaco

que enturbia la limpia atmósfera

de aquel cielo sonrosado.

-¡Bendiga Dios la entrevista!

Exclama Erico, y hagamos

que a renovarse no vuelvan

esos días tan aciagos.

Diciendo así, escancia el vino

en la copa de su hermano,

y a brindar con él le invita

por la paz de los Estados.

Se oscurece más la frente

de Abel... -Hoy hace dos años,

acuérdate, rey Erico,

que el país entraste a saco,

y que obligaste a mi hija

a andar con los pies descalzos

entre mendigos oculta...

¿Lo has, rey Erico, olvidado?

-Cálmate, Abel, que aún conservo

¡vive Dios! bienes sobrados

para a tu hija indemnizar...

-Guarda, Erico, tus regalos.

-Duque Abel, la misma sangre
corre en las venas de entrambos.

-Rey Erico, ese recuerdo
no detuvo, no, tu brazo
cuando huérfanos y viudas
lloraban su desamparo.

-Duque Abel, el mismo padre
nos engendró, y perdonarnos
debemos nuestras injurias
al fin, cual buenos cristianos.

-Rey Erico, ¿te acordaste,
di, de serlo hace dos años?

Y al punto, a una seña suya,
de Erico se apoderaron
los sayones que dispuestos
tenía para aquel acto.

Pusieronle en una barca

sujeto de pies y manos,

y llevolos la corriente

río abajo, río abajo.

-¡ Vas a morir, rey Erico!

-Lo sé; ¡conozco a mi hermano!

Y la cabeza del cuerpo

los sayones separaron;

atáronle gruesas piedras;

que atribuir al acaso

el fratricida quería

su traidor asesinato;

mas a la orilla las olas

el cadáver arrastraron,

y en la superficie iba

la diestra mano flotando,

en ademán de pedir

venganza a Dios soberano.

Rey Erico, te fiaste

de banquetes suntuosos,

de cariñosas palabras,

de amables, melifluos rostros,

y fuiste ¡ay mísero! a dar

oveja en boca del lobo.

- II -

Hasta las nubes el triunfo

del nuevo Caín alzaron

veinticuatro caballeros

dignas ramas de aquel árbol.

Y de Lund el arzobispo

su ministerio manchando,

la corona al fratricida

ciñó con trémulas manos.

Las fiestas se sucedieron,

no escasearon los aplausos,

¡que hay siempre quien solemnice

al delito coronado!

Todo al principio fue júbilo,

todo flores, todo encanto;

Dinamarca parecía

dormirse al arrullo manso

de engañosas promesas,

de juramentos violados.

Era que el lobo acechaba

su presa, la hora aguardando

de hincarle el agudo diente

en el abierto costado.

Y Abel concedió franquicias

a sus súbditos incautos,

y libertades mintiendo,

fue los derechos robando.

De repente un ruido sordo,

como el que anuncia cercano

terremoto, por los aires

se esparció; voces llegaron

precursoras del peligro

al alcázar soberano.

-¡Son los traidores de Frisia!

Gritó Abel: ¡A ellos! ¡Corramos!

¡Mis armas! ¡Mis caballeros!

-¡La venganza de tu hermano!

Dijo una voz sepulcral

al oído del malvado.

Conmoviose el reino; aceros

con aceros se cruzaron;

de Frisia los campeones

llenos de heroico entusiasmo

ofrecieron libertar

la tierra de aquel tirano.

-Rey Abel, ¿a dónde corres?

¡Erico te está llamando!

-Que me espere, y lucharemos.

-¡Fratricida! -¡Hermano! ¡Hermano!

Abel cruzó las llanuras,

y penetró en los pantanos

de la Frisia, y al pasar,

por su destino impulsado,

el cauce estrecho del Eider,

en el pegajoso fango

con el peso de sus armas

quedó el triste aprisionado.

Esfuerzos terribles hizo
para romper aquel lazo
de inmundo cieno, mas todos
a romperlo no bastaron.

Y oía desde su cárcel
sonar los ferrados cascos
de los corceles de Frisia
que iban allí a pisotearlo.

¡Abel-Caín, no te quejes
de morir acuchillado,
que así murió el rey Erico,
el rey Erico, tu hermano!

El cuerpo del fratricida
sus parciales rescataron;
honras fúnebres le hicieron
que en espléndido boato

dejaron atrás la pompa

de los más ricos Estados.

Pero el sepulcro al impío

no fue lugar de descanso;

que el alma de Abel, errante

en los solitarios claustros,

en los parajes sombríos,

en la iglesia, en el palacio,

por do quier iba esparciendo

mudo horror, mortal quebranto!

Para ahuyentar al vampiro

el cadáver exhumaron;

lleváronle de allí lejos,

y en sitio agreste, apartado

de las humanas viviendas,

con pavor lo sepultaron.

¡Ah! ¡Ni aun así el fratricida

durmió en paz! Gritos extraños

en las aldeas más próximas

oían los aldeanos,

y entre las voces el nombre

de Erico siempre sonando.

Hoy... en el bosque, se suele

oír el tañido sonoro

de una trompa, y a la caza

parten jinetes monstruosos

en magníficos bridones

que tienen rayos por ojos.

Al frente va el rey Abel

montado en un negro potro,

y es tan veloz la carrera,

y los momentos tan cortos,

que aparece y se disipa

el torbellino en un soplo.

Al sonido de la trompa

acompaña un grito ronco:

-¡Fratricida! ¡Fratricida!

¡Jamás hallarás reposo!

La flor y la niña

¿Por qué reflejan tus ojos,

niña, esa dulce tristeza?

-Flor, porque siento en el alma

un malestar que me inquieta.

-Niña hermosa, niña hermosa,

esos pesares destierra...

-¿Cómo podré desterrarlos,

flor, si el corazón me llenan?

-¡Lástima grande me inspira

tu padecer, niña bella!

-¿Por qué? -Porque estoy mirando

que tu libertad no aprecias,

que a la esclavitud caminas,

que van a ahogarte las penas.

-Me asustan, flor, tus pronósticos!

Sigue, aunque de susto muera.

-Hay, pobre niña, en el mundo

una voz que el alma impregna

de placeres ilusorios,

de desdichas verdaderas.

Voz armoniosa, encantada,

que cuando al oído suena

de una joven candorosa

sus mejillas sonrosea...

Voz que un ángel inventara,

pero que luego en la tierra

adulteró, como siempre,

el que todo lo adultera;

el hombre. -Flor, por tu vida,

dime qué palabra es esa.

-A tu corazón pregunta,

que él te dará la respuesta.

-Su nombre... -¿No lo adivinas?

Te lo diré, pues te empeñas.

El amor. -¡Ah! -¿Lo estás viendo?

Una amapola semejas.

¡Pobre niña, pobre niña,

ya estás muerta, ya estás muerta!

Como el viento me deshoja,

y los calores me secan,

amor ajará tus galas,

galas que a brillar empiezan.

Flor del jardín de la vida,

de candor sencillo emblema,

en mí de cuanto te he dicho

tienes la más clara muestra.

Nací hermosa: me llamaron

de los vergeles la reina...

Pero amé... y estoy marchita...

-¡Calla, por Dios, flor siniestra!...

-¿Por qué? -Porque tu discurso

es tósigo que envenena

las más caras ilusiones

de mi juventud risueña;

y dentro del alma siento

una voz que se rebela

contra tus tristes augurios,

contra tu dura sentencia.

-¿Y qué te dice esa voz?

-Que si hay un amor que quema,

hay otros que purifican...

El de una casta doncella,

el de una madre piadosa,

el de una amiga sincera.

-¡Pobre niña, pobre niña,

ya estás muerta, ya estás muerta!

-Te engañas, hermosa flor;

me has curado: ¡ya estoy buena!

El espíritu de Carmen
A mi hija Concha

¿Ves el matiz suave

que las nubes colora,

cuando amanece el día,

cuando empiezan las sombras?

Allí, dulce amor mío,

el espíritu posa

de la virgen perdida,

de la amiga que lloras.

Desde allí con sus alas

te protege afanosa,

en medio a los peligros

de este mar, do zozobra

la barquilla que vaga

a merced de las olas.

Ella vela tu sueño

y una canción entona

cuando dormida ríes,

cuando despierta gozas.

Tus lágrimas de perlas

le formó la corona

con que en la altura ciñe

su cabellera blonda.

De la amistad emblema,

del caro hogar la gloria,

sus blandos pensamientos

eran purpúreas rosas

que el aire perfumaban

con delicado aroma...

Mas ¡ay! que como a ellos

les lució de una aurora

sólo, la viva lumbre,

y están secas sus hojas!

¡Paz a tu dulce amiga,

al alma candorosa,

que velando tu sueño

una canción entona

cuando dormida ríes,

cuando despierta gozas!

Los dos ángeles

(Imitación del alemán)

Era la hora en que el hombre

tras un día tumultuoso

busca en el lecho un amigo
verdadero, como hay pocos.

El aura suave gemía
entre las hojas del olmo,
imitando los suspiros
del amante soledoso
que llama al bien de su vida,
ayer lucero y hoy polvo.

En esa hora impregnada
de poéticos arrobos,
cruzando el espacio iban
dos figuras, cuyos rostros
revelaban dos gemelos
espíritus vagarosos.

Enlazábanse sus brazos,
y se tocaban sus hombros;

el uno apenas abría

los aletargados ojos,

pero el semblante era alegre,

descubriendo interior gozo;

mientras la faz del hermano

en su tinte melancólico

mostraba de hondos pesares

el sello misterioso.

De tanto llorar tenía

este los párpados rojos...

Era el Ángel de la muerte,

y el Ángel del sueño el otro.

-¡Feliz estrella la tuya!

Decía en lúgubre tono

al de semblante risueño

el de los ojos llorosos.

Los hombres ¡ay! te bendicen;

que tras un día afanoso

les brindas dulce descanso,

les ofreces grato apoyo.

Mientras que yo, hermano mío,

maldecido soy de todos!...

Y repetía sus ayes,

y le ahogaban los sollozos.

-No así a la pena te entregues,

no así des rienda a tu lloro,

le dijo el Ángel del sueño

con acento cariñoso.

Que si a los hombres alivio

doy yo, su término es corto;

pasa en alas de la noche,

y con la alborada en torno

vuelve el dolor, la perfidia,

la ambición, el lujo, el dolo,

a esgrimir contra los pechos

sus puñales alevosos.

Efímeras son mis dichas,

mis goces son transitorios;

los tuyos, hermano mío,

permanentes y gloriosos.

Por una vida agitada

das un eterno reposo,

la verdad por la mentira,

por un harapo un tesoro.

Si ingrato el hombre prefiere

a horizontes tan hermosos

sus encapotados cielos,

sus vicios... pronto, muy pronto

cambia en himno de ventura

la maldición con que loco

acoge la mano amiga

que destruye el vital soplo!

Cesó de hablar el del sueño;

el de la muerte sus ojos

con inefable dulzura

elevó al celeste coro,

y enlazándose sus brazos

y tocándose sus hombros,

los dos Ángeles siguieron

su paseo melancólico.

El aura suave gemía,

del amante soledoso

imitando los suspiros

entre las hojas del olmo.

Esposa y madre

¡Cuán inocente y pura

extendiste las alas,

y revestida de aromosas galas

te remontaste a la celeste altura!

Un ensueño tu vida

fue de castos amores...

Esposa y madre, entre galanas flores

viste formarse tu ilusión querida.

¡Y qué ilusión tan bella

la de madre y esposa!

¡Qué perfume tan blando el de la rosa!

¡Cuán apacible luz la de la estrella!

Rosa, te marchitaste...

Pero estrella, iluminas...

Y el hogar de los tuyos patrocinas

desde ese mundo do volar ansiaste.

Perdiste al compañero

de tu amoroso nido,

y al ver que no volvía a tu gemido

tras él seguiste el inmortal sendero.

Allí iréis de la mano

en coloquio suave

diciéndoos cosas que el mortal no sabe,

aunque mucho saber pretenda ufano.

Allí libres del peso

de la materia ruda,

roto ya el lazo de la horrible duda

que al hombre tiene en este mundo opreso;

Espíritus dichosos

de la mansión serena,

sin que os perturbe la terrestre pena

os amaréis en Dios, tiernos esposos!

¡Aquí a llorar quedaron

la que meció tu infancia,

la que aspiró tu juvenil fragancia,

y los que en tu regazo se criaron!

Tus hijos y tu madre

te piden a los cielos,

y tú, que ponga alivio a sus desvelos

pides al que es del universo Padre.

Cuando te amortajaron

tu espíritu allí estaba

bello, radiante... y con desdén miraba

el cuerpo inerte que en la fosa echaron.

Tu espíritu se oía

llamar con blando acento:

¡Isabel, te esperamos!... y tu aliento

¡Un instante no más! les respondía.

¡Cuán inocente y pura

extendiste las alas,

y revestida de aromosas galas

te remontaste a la celeste altura!

Carmen a Concha
Desde el Cielo

¡Desde aquí, Concha del alma,

yo te admiro y te bendigo!

Tu felicidad deseo,

y abrazarte, amiga, ansío.

Arrebatome la muerte

en su raudo torbellino

cuando lejos de ti estaba,

¡de ti, que tanto he querido!

Y sin verte ¡ay! en la tierra

exhalé el postrer suspiro...

¡Cómo por ti, prenda amada,

cómo por ti lloro y gimo!

Pues hasta en la misma Gloria

tu casto amor necesito.

¿Dónde está mi dulce madre,

dónde está la que el arrimo

fue ahí de mi tierna infancia,

el ángel de mi martirio?

¡Ay, Concha, vela por ella,

vela, que yo te lo pido!

Clamando estoy por su nombre,

clamando al Dios infinito.

¡Desde aquí, Concha del alma

yo te admiro y te bendigo!

¡Adiós! ¡No me olvides nunca,

nunca!... ¡Adiós, corazón mío!

El abuelo

Es la voz, es la voz del abuelo

que baja del cielo

suäve, suäve...

Es el canto apacible del ave,

es el aura que mece las flores

con grato murmullo,

y besa el capullo,

y suspira sus castos amores.

Yo le preguntaré. -¿Cómo te llamas?

-Rafael me llamaron en la tierra.

-¿Eres feliz? -Descanso eterno. -¿Amas?

-Mucho. -¿En el mundo qué encontraste? -¡Guerra!

«No llores, hija mía,

que tu padre es dichoso,

pues al fin bondadoso

Dios templó su agonía.

No llores, que te tengo,

hija mía, en el alma.

¡Ay, si vieras qué calma

reina allí, de do vengo!

¡Felicidad y gloria!...

¡Hija, de mí te acuerda!

¡Jamás, jamás se pierda

para ti mi memoria!

Llamándote a mi lado

te expreso mi ternura;

que es grande mi ventura,

y fui muy desgraciado.

¿Qué más, qué más deseas,

para tu caro padre?

Conmigo está tu madre...

¡Hija! ¡Bendita seas!»

Es la voz, es la voz del abuelo,

que baja del cielo...

«Ángel purísimo,

matiz más blando

que el del crepúsculo,

es ante Dios

Plácido, el hijo

de tus entrañas,

la prenda, el vínculo

de tanto amor.»

Es la voz, es la voz del abuelo

que baja del cielo

suäve, suäve...

Es el canto apacible del ave.

«Con los ángeles la veo

sonreír. Es su hermosura

cual de un querub dulce y pura...

¿Me la fingió mi deseo?

¡Ah! no, que es ella, mi nieta,

mi nietecita... mi Chona!

Es del hogar la corona;

es la musa del poeta!

¡Y cómo, cómo ha crecido!

Embelesado aquí estoy,

y por eso no me voy...

¡Y por eso no me he ido!

-Cuando sobre mis rodillas

orgullosa la sentaba,

y golpecitos le daba

con la mano en las mejillas!

¡Cuando mi rostro al poner

junto al suyo, me decía:

«Pica tu barba» y huía

para más mona volver!

¡Ay! ante Dios infinito

aún me siento palpitar,

recordando aquel llamar

suyo: «¡Abuelito, abuelito!»

Es la voz, es la voz del abuelo

que torna ya al cielo,

suäve, suäve...

Es el canto apacible del ave,

es el aura que mece las flores

con grato murmullo,

y besa el capullo,

y suspira sus castos amores!

El espíritu de Luisa

Peregrinos de un valle de dolores

¿por qué aspiráis las ponzoñosas flores?

Hacia el sepulcro, no temáis, mirad...

¡Llorad, llorad!

Palmas buscáis con mundanal delirio;

sólo hay una... ¡la palma del martirio!

Hacia el sepulcro, no temáis, mirad...

¡Llorad, llorad!

Era muy niña y espiré... ¡Acordaos!

Sois en medio de escollos pobres naos.

Hacia el sepulcro, no temáis, mirad...

¡Llorad, llorad!

¡Ruega a Dios!

«¡Ruega a Dios! ¡Ruega a Dios!» Esto me dicen

voces extrañas que mi oído hieren,

murmullo vago semejante al eco

de los cañaverales que se mecen

a la margen del río... « ¡Ruega, ruega!

Que Dios es solo el que volverle puede

la salud a tu hija, a tus amores,

a esa paloma de tu dulce albergue,

¡ay! que refresca con sus mansas alas

el vivo ardor de tu abrasada frente.»

Cuando escucho estas voces celestiales

(porque no son de la mansión terrestre),

siento un temblor que por mis venas cunde,

y que no soy el mismo me parece.

Brota del labio la oración, cual brotan

las gotas de rocío del perenne

manantial atmosférico; y palabras

no son comunes, ni tampoco preces
de las que desde niños los mortales
allá en sus horas de inocencia aprenden;
son frases melodiosas, inspiradas
por uno de esos genios que se ciernen
en los espacios y a nosotros llegan
al través de aromáticos ambientes.

Aunque escribirlas intentase, ¡ah! nunca
expresar alcanzara el matiz leve,
el infame encanto de esas voces
que el labio dice porque el alma siente,
porque rebosa en sentimiento, y busca,
y necesita de su Dios, y cree!

«Ruega a Dios! Ruega a Dios!...» Do quier dirija
la planta, escucho el eco mismo siempre.
Entre el gentío, en el desierto, solo,

acompañado, fíjase mi mente

en el Supremo Ser, y el infinito

me circunda, me arroba, me enaltece,

y extraño a los objetos de la tierra

es en mí toda adoración solemne.

¡Adoración!... Cuando las calles cruzo

con la mirada vaga, indiferente,

sellado el labio, es que en silencio adoro,

y me remonto a la mansión celeste,

y lejos de la tierra, a mis pies miro

los hombres, sus proyectos, sus placeres,

sus crudas lides, su ambición bastarda,

su ridículo orgullo, sus laureles

tintos en sangre, su poder de un día...

¡Ay, que es frágil cristal lo que os parece

finísimo diamante! ¡Ay, que se quiebra

al menor golpe de enemiga suerte!

¿Y de qué os sirve, en vanidad henchidos,

desplegar los mundanos oropeles,

si cuando menos lo pensáis, un soplo

os arrebatara en alas de la muerte?

¡Adoración!... El hombre, tan pequeño,

y en su vasto anhelar tan impotente,

cuando al Autor del universo adora,

no con los labios, como el vulgo inerte,

sino fijando en ÉL toda su alma,

las aptitudes todas de su mente,

experimenta un desarrollo nuevo

de sensaciones, de esperanza, y crecen

sus facultades... Ese gran vacío

poblado mira de infinitos seres,

de simpáticos grupos que le ayudan

a resistir con ánimo valiente,

ya los halagos del inmundo vicio,
ya de indócil fortuna los vaivenes,
y aunque apegado a este inferior planeta,
sus destinos altísimos presiente.

Un día... Apenas los primeros pasos
comenzaba yo a dar en los vergeles
del humano saber, y embebecido
con la contemplación, no vi las sierpes
que se escondían bajo hermosas flores,
prontas a escarmentar al que imprudente
se lanzase a cogerlas... Su veneno
¡ay! no tardé en sentir... Las auras leves
me sofocaban, y arrastrando iba
entre torturas la existencia endeble,
una existencia sin color, inútil,
sin fe... ¡Tan joven, y aridez perenne

sólo viendo en redor!... Morir pedía,

porque faltaba el contrapeso fuerte

a mi fogoso espíritu, y vagando

a la merced del huracán, juguete

era infeliz de su rabiosa furia,

¡burla y escarnio de su horror potente!

Mas, de improviso... ¿Cómo fue? Lo ignoro...

Me hallé inundado de una luz celeste,

de un resplandor vivísimo; mi alma

dilatarse sentí; lloré a torrentes...

Mas era llanto de inefable dicha,

incomprensible al que jamás lo vierte.

«¡Creo en Dios! ¡Creo en Dios!» grito glorioso

que brotó de mi pecho y de mi mente...

«¡Creo en Dios! ¡Creo en Dios!» eco sublime

que de entonces en mí resuena siempre.

¡Cuán sencilla es su alma! ¡Cómo esparce

dulces afectos, sin que nunca alevés

sombras enturbien su cristal, más puro

que el purísimo espejo de la fuente!

¡Es mi hija! ¡Es mi Concha!... La inocencia

de un querubín en la mansión terrestre,

la hermosa imagen del deber surgiendo

de un cuerpo inmaculado, el blando ambiente

de matinal crepúsculo, los sonos

tiernos del aura cuando el día muere!...

Si ríe, en risa nuestro hogar se baña;

si llora, en luto nuestro hogar se envuelve.

Es la alegría, es la tristeza... ¡Niña

del corazón! ¿Por qué, por qué padeces,

si esos quejidos que del pecho arrancas,

arrancándome el alma están crueles?

¡Dios! ¡Dios del mundo! Tú lo sabes... Sufra,

goce, me lance entre apiñadas gentes,
me hunda en la soledad, allí, do quiera
tu excelso nombre con sentidas preces
por ella imploro, por mi dulce Concha,
por la paloma de este pobre albergue,
cuya salud es para mí la vida,
cuyo penar es para mí la muerte,
y que refresca con sus mansas alas
el vivo ardor de mi abrasada frente!

¡No me ames tanto!

Él es quien habla...

mi dulce amigo,

Ricardo, el ángel

por quien deliro,

el que en el mundo

fue siempre el mismo,

para mis goces

y mis martirios.

El que muriendo

llevó consigo

las ilusiones

de mi cariño.

Habla... y su acento

eco es divino

de otras regiones,

de otros destinos.

«¡No me ames tanto!

Templa el ahínco

de tus deseos,

de tus suspiros...

Porque a mi lado

tenerte ansío,

y vivir debes

para tus hijos.

¿No ves que aumentas

en mí el delirio

con que te quiero,

con que te miro?

¡Quizá murieras

si a Dios lo pido!...

¡Son ¡ay! tan gratas

en este sitio

las armonías

de los espíritus!...

¡No!... Vivir debes

para tus hijos!»

Dice: su acento

eco es divino

de otras regiones,

de otros destinos.

¡Intercede por mí!

Cuando inspirado me siento

por tu memoria, hijo mío,

rápido mi pensamiento

me lleva al feliz momento

en que he de verte, y sonrío.

Sonrío, porque tú eres

ángel delante de Dios,

y en medio angélicos seres

¡ay! inefables placeres

disfrutaremos los dos.

¡Hijo! intercede por mí

en esa mansión sagrada;

y si Dios la faz velada

me muestra, ruégale, sí,

que Él, si le ruegan, se apiada.

¡Oh qué brillo deslumbrante

irradiará en las alturas,

mientras acá, en este instante

que llaman vida, delante

ve el hombre sendas oscuras!

Tú que entre esplendores moras,

al borde me esperarás

de la tumba, y luego irás

diciéndome cómo adoras,

y a adorar me enseñarás.

Cuando su mortaja inerte

el espíritu abandone,

y a la virtud alta y fuerte

aureola inmortal corone,

¡qué hermosa será la muerte!

Porque morir es nacer

a destinos inmortales;

es principio del saber,

¡es el bálsamo a los males

de quien supo merecer!

¡Hijo! intercede por mí

en esa mansión sagrada;

y si Dios la faz velada

me muestra, ruégale, sí,

que Él, si le ruegan, se apiada.

El ángel custodio

Carmen, espíritu puro,

que en la celeste mansión

ves al Espíritu excelso

que los hombres llaman Dios,

y entre querubes sonrías,

y bañada de esplendor,

miras esta humilde tierra

con ojos de compasión...

¡Carmen! El ángel custodio

sé, por simpático amor,

de la que tanto quisiste

y que tanto te lloró.

Te lo suplica su padre,

su padre, que el corazón

siente partido de pena,

porque esa hija es la flor

que perfuma sus hogares,

y se le agosta veloz

si con el Padre de todos

no vale tu intercesión.

Tú las eternas delicias

disfrutas; en cambio yo
surco el lóbrego desierto
de una vida de dolor,
donde a alumbrar desventuras
nace diariamente el sol.

Tú las gradas ya subiste
de la escala de Jacob,
y junto al Ser de los seres
recibes su bendición;
yo, en un valle de miserias,
al pie de la escala estoy,
y en lontananza diviso
esa luz de perfección
que a los ángeles corona
y que a ti te coronó...
¡Válgame tus oraciones!

Que mucho alcanzan de Dios

los que de espíritus puros

cogieron el galardón.

¡Carmen! El ángel custodio

sé, por simpático amor,

de la que tanto quisiste

y que tanto te lloró.

Simpatías de ultratumba

Apenas las auras se mueven,

el cielo estrellado comienza a lucir;

rocío las plantas embeben,

el límpido arroyo se escucha gemir...

Y gimiendo resbala

y a las flores regala

amoroso frescor;

y mezcla a sus pesares

tristísimos cantares

el pardo ruiseñor.

Los ecos que blandos resuenan

imitan suspiros, y un dulce vaivén

en las ondas se siente, que llenan

de aromas suäves tan mágico Edén...

Y el mundo es armonía,

y cuando muere el día

nace la noche a amar...

Naturaleza toda

para la eterna boda

eleva eterno altar.

«¿No te acuerdas de mí?... ¡Yo te amo tanto!

Juntos nos vieron los amenos valles

de la Laguna y la Orotava, y juntos

en el retiro, en los lujosos bailes,

del monasterio en los oscuros claustros,
a orillas del Océano gigante,
íbamos siempre un porvenir fingiendo
cual conviniera a nuestros locos planes
de glorias, de ventura... ¡Ay! eran locos,
pues se fundaban en cimiento frágil,
en el cimiento de la endeble vida
que resistir no pudo los embates
del huracán, y se deshizo en polvo...
¡Eso tu mando y sus proyectos valen!
¿Te acuerdas de los juegos infantiles
con la rizada espuma del Atlante
en las noches de estío? Di, ¿te acuerdas
cuando mecerse en los tendidos mares
vimos un buque, y yo exclamé: -Ese viene
por mí?-Reíste. Me llevó, y lloraste!
¡Quién entonces pensara que las olas

con que de niños en la quieta margen

del gigantesco Océano jugábamos,

fueran la tumba do yací cadáver!

Londres me arrebató la poesía,

secó el raudal de mi agotada sangre,

y al abirme la América sus brazos,

no era mi sombra... me faltaba el aire.

Pero, en mi corazón la fe vivía,

y un horizonte me mostraba grande,

y hubo momentos en que vi este mundo

con sus puras delicias inefables...

¡Deseaba morir...! ¡Era mi aurora!

¡Con qué gozo interior pisé la nave

que dio la vela a los Elíseos campos!

¡Iba a morir en mis queridos lares!

¡Iba a morir... mas sin volver a verlos!

Mi cuerpo el mar, mi espíritu los ángeles

recibieron y... ¡Oh Dios! ¡Ventura inmensa!

Los que al frente venían, y anhelantes

la pavorosa niebla disiparon,

¡eran mis tres hermanas y mi padre!»

Apenas las auras se mueven,

el cielo estrellado comienza a lucir;

rocío las plantas embeben,

el límpido arroyo se escucha gemir...

«¡Qué resplandor despedían

de sus aéreos contornos!

Eran sus solos adornos

las aureolas que ceñían.

Sobre la tierra elevados

y blandamente mecidos,

iban de la mano asidos

en grupos tornasolados.

Y sus pisadas ligeras

seguí con ardiente celo,

dejando ese triste suelo

por las brillantes esferas.

¡Amigo! en mi nueva vida

jamás me olvidé de ti,

y en sueños me aparecí

a tu mente descreída.

Entre mil dudas flotabas,

y yo, padeciendo al verte,

temía que al fin la muerte

llegase mientras cegabas.

Mas un brillo repentino

tu razón iluminó,

y el porvenir te mostró

de tu espiritual destino.

Y al poblarse los desiertos

de la región azulada,

cesaste de ver la nada

en el mundo de los muertos!

¡Qué dulces horas pasamos

desde aquel sublime instante!

Si llamas, corro anhelante;

si ruegas, juntos oramos.

Nuestra celeste amistad

siembra el camino de flores...

¡Acabaron mis temores,

y acabó tu soledad!

Cuando tu espíritu al seno

vuelva, do mi amor exhalo,

no será espíritu malo,

que será espíritu bueno!»

Los ecos más blandos resuenan,

imitan suspiros, y un dulce vaivén

en las ondas se siente, que llenan

de aromas suaves tan mágico Edén...

Y el mundo es armonía,

y apenas muere el día

nace la noche a amar.

¡Naturaleza toda

para la eterna boda

eleva eterno altar!

Misterio

Huye la infancia, y con ella

las ilusiones del niño;

las ilusiones del hombre
empiezan su falaz brillo
a esparcir por la existencia,
y las zarzas del camino
son así menos punzantes,
menos crueles los martirios.
¿Qué fuera sin ilusiones
el planeta en que vivimos?
El ambicioso imagina
ver logrados sus caprichos;
el amante ya a sus plantas
mira a su dueño rendido,
y fabrica en su entusiasmo,
aunque de naipes, castillos,
que un leve soplo se lleva,
cual la arena el torbellino.
El pobre sueña en las minas

del Potosí, y el que es rico

espera serlo a despecho

del lujo y sus extravíos.

El poeta se figura

que aventajará a Virgilio;

el pintor que del Ticiano

va a ser rival preferido;

el aprendiz de filósofo

deja atrás en su delirio

a Newton, Leibnitz, Descartes,

y grita, de orgullo henchido,

que ya tiene entre sus manos

la panacea del siglo,

el remedio para todo,

la cuadratura del círculo...

¡Ay juventud! ¡qué risueños

cuadros te ofrece el destino!

¡Cómo los orlas de flores!

¡Cómo los pueblas de silfos!

Pero la edad de los sueños

pasa, y su rápido giro

esteriliza los campos,

agota y seca los ríos.

¿Por qué celeste misterio,

por qué superior prodigio

al morir sus ilusiones

no muere el hombre, Dios mío?

Y vive y goza!... Desiertos

se le presentan sombríos,

y ríe al cruzar sus lomas,

y se adelanta tranquilo

a las puertas de la tumba,

al borde del infinito!...

¿No será presentimiento

del alma, que en sus instintos

ve que la muerte no es muerte,

porque no muere el espíritu?

¿No será que al acercarse

el momento decisivo,

su inmortalidad ve el hombre

irradiar en el empíreo?

Lo invisible

Inefable es la dulzura

que por la atmósfera vaga;

ni un ruido que deshaga

la unción de noche tan pura.

¡Cómo brillan en el cielo

luces que otros mundos son,

y a do la imaginación

se remonta en raudo vuelo!

Mi espíritu en la armonía

del universo gozando,

ya lo invisible buscando

para calmar su agonía.

Porque en lo invisible escrito

el nombre de Dios se extiende,

y sin verlo, se comprende

a Dios en el infinito!

Por qué no muero

¿Qué me quieres? -Vengo a ti

para endulzar tu dolor.

-¿Quién eres? -Tu hijo mayor...

-¿Mi Plácido? -El mismo, sí.

-Llorando creo que estás,

ángel mío! -¡Oh padre! lloro,

porque en el celeste coro

no te veo... -Me verás.

-Lloro porque tú no mueres!

-Moriré. -¡Ojalá no tardes!

-Moriré. ¡Vanos alardes!

Ahí te retienen deberes...

-¡Dios!... -¡Y los lazos humanos,

de un alma tierna, amorosa!

-¡Ah! sí. -Haces falta a tu esposa,

y haces falta a mis hermanos.

Éxtasis

Cuando en las noches de estío

me siento solo a pensar,

oigo a lo lejos sonar

como el murmullo de un río.

El misterioso rumor

se convierte luego en voces,

y miro sombras veloces

girando a mi alrededor.

Pero pavor no me inspiran,

porque es su rostro halagüeño,

y en vez de quitarme el sueño

al verme triste suspiran.

Son amigos de la infancia

que me arrebató la muerte,

y lamentan de mi suerte

la fatal perseverancia.

¡Son ángeles de inocencia

que al pobre padre que llora

como anuncio de la aurora

envía la Providencia!

Fortitudo

¡No te abatas así! Mundo de prueba

es, dulce amiga, el que nos cupo en suerte.

Si te falta el valor, vas a perderte...

¡Ay! ¡Cada día es una lucha nueva!

¡No te abatas así!... Flor es la vida

que da su aroma y se marchita luego;

es mariposa que se lanza al fuego

y yace entre pavesas consumida.

¿Quién de una flor en el aroma funda

su confianza, o presuntuoso espera

en la mariposilla que ligera

da vueltas a la luz y en luz se inunda?

Cuando al subir los encumbrados montes

el desaliento nos invade el alma,

difícil es coger la ansiada palma

y contemplar inmensos horizontes.

Cuanto más arduo el fin, goces más grandes

coronarán ¡oh amiga! la victoria...

¿Qué son, al lado de la eterna Gloria,

el Teide, el Atlas, el Ural, los Andes?

El amigo invisible

Hijos, en la áspera vía

por do caminando vamos,

no siempre solos estamos;

que un ángel Dios nos envía

cuando con fe le imploramos.

Ese ángel, intercesor

es entre el hombre y el Cielo,

y acude a nuestro desvelo,

y con su inefable amor

alivio da a nuestro duelo.

Si ve que a abrumarnos va

el peso de la existencia,

nos grita: -¡Valor! ¡Paciencia!

¡Que el premio mayor será

si es mayor la penitencia!

Ese ángel al hombre avisa

que desatentado y ciego

prefiere el desasosiego

del mal, a la blanda risa

del bien; la blasfemia al ruego.

Le avisa con la dulzura

de un hermano cariñoso...

¡Su voz, eco misterioso

en esta mansión oscura

es del Todopoderoso!

Hijos, en la áspera vía

por do caminando vamos,

no siempre solos estamos;

que un ángel Dios nos envía

cuando con fe le imploramos.

Dios

¡Qué grande eres, Dios mío! Querubines

buscan tu sombra...

Ricardo Murphy.

Cuando en los cielos brilla

tu carro, emblema de inmortal victoria,

todo ante ti se humilla,

todo ¡Señor! para cantar tu gloria.

Publícanla los mundos

que en el espacio indefinido vagan,
y los mares profundos
que pueblos mil en su ambición se tragan.

El universo en coro

himnos eleva a tu sagrado nombre;

mas, su canto sonoro

no cierra el paso a la oración del hombre!

Blanda brisa es tu aliento

cuando apacible a los querubes llamas,

es horrísono viento

cuando irritado Omnipotente bramas.

Para arrullar tu sueño

ola tras ola el Océano agita;

para aplacar tu ceño,

¡Excelso Dios! la humanidad palpita.

En los ojos te miro

del inocente que mi pecho adora;

te escucho en el suspiro

con que su madre tu favor implora!

En la ronca tormenta

ruge tu voz; tu espíritu es el fuego

que en la nube fermenta,

y estalla, y brota en fecundante riego.

Sonríes con la aurora

de un puro, hermoso, embalsamado día,

que el horizonte dora...

Y te entristeces con la noche umbría.

En la cándida fuente,

en el cristal del caudaloso río,

en el volcán hirviente,

en la conciencia del mortal impío...

En el monte, en el llano,
en los tesoros que el abismo encierra,
en el vasto Océano,
en el furor de la sangrienta guerra...

En las acciones grandes
de un corazón que se conserva ileso,
en el Teide, en los Andes...

Do quiera está tu augusto nombre impreso!

¡Perdóname, Dios mío,
si osé cantarte en mi entusiasmo ardiente!

¡Señor! baje el rocío
de tu piedad a refrescar mi frente!

Si el universo en coro
tu gloria ensalza y sacrosanto nombre,
su cántico sonoro

no cierra el paso a la oración del hombre!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

